Izabel la Católica.

ISABEL LA CATÓLICA,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES PARTES Y SEIS JORNADAS,

DE

D. Tomás Rodriguez Rubí.

Quinta edicion.





N.° 40.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.



PRIMERA PARTE.

SEGOVIA.—1475.

PERSONAGES.	ACTORES.
LA REINA.	Doña Matilde Diez.
DOÑA DEATRIZ DE BOBADILLA.	Josefa Palma.
PIMENTEL, page, 9 años.	Josefa Noriega.
UNA VIVANDERA . , ...	Micaela Duran.
GONZALO DE CÓRDOBA.	Don Julian Romea.
COLON.	José Calvo.
EL REY.	Pedro N. Sobrado.
EL CARDENAL.	Antonio Pizarroso.
DON ANDRES DE CABRERA. . . .	Pedro Maffei.
ZAPATA.	Antonio Alverá.
GRICIO.	Juan Torroba.
BOABDIL.	Benito Pardiñas.
PAREDES.	Manuel Sotomayor.
FARFAN.	Francisco Ramo.
BERNALDEZ.	N. N.
GIMEN.	N. N.
COBARRUBIAS.	Juan Fabiani.
UN SEGOVIANO.	José Diez.
UN JUDIO.	P. M.
SOLDADO 1.º	J. D.
2.º	J. F.
3.º	Jose Alisedo.
4.º	J. T.
5.º	Cip. Martinez.

Caballeros.—Damas.—Pages.—Reyes de armas.—Heraldos.—Segovianos.—Vivanderas.—Mercaderes.—Judíos.—Marineros.—Moros y Soldados.

JORNADA PRIMERA.

Cámara de la Reina en el Alcázar de Segovia.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.—PIMENTEL.

(Aparece la REINA bordando una banda: á sus piés, sentado en un cojin, dormita el niño PIMENTEL, columpiando la cabeza, que deja por último caer sobre las rodillas de la REINA.—DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA, á la izquierda de DOÑA ISABEL, está leyendo el siguiente trozo de la primera epístola de San Pablo á los Corinthios.)

BEATRIZ. (Leyendo.) CHARITAS PATIENS EST, BENIGNA
EST: CHARITAS NON ÆMULATUR, NON AGIT
PERPERAM NON INFLATUR,
NON EST AMBITIOSA NON QUÆRIT QUÆ
SUA SUNT, NON IRRITATUR, NON COJITAT MALUM.
NON GAUDET SUPER INIQUITATE, CON
GAUDET AUTEM VERITATI
OMNIA SUFFERT, OMNIA CREDIT, OMNIA
SPERAT, OMNIA SUSTINET.

REINA. Esa es la caridad! Esa es la fuente
de los eternos bienes celestiales!
Qué bien habla el Apóstol á la mente
y al pobre corazon de los mortales!

BEATRIZ. Es verdad, es verdad... pero, Señora!
aun no habeis advertido?...
Mirad á Pimentel...

REINA. Sí... se ha dormido.
Soñando con los ángeles ahora

mi buen paje estará... Cándido niño!
Edad hermosa de los sueños de oro!...
de infantiles placeres, de inocencia
purísimo tesoro!

Beatriz. Es mucha irreverencia,
y grave ofensa á vuestro real decoro
sin más ni más dormirse...

Reina. Y él, qué sabe
de homenajes á títulos egrejios?
Ignoras, Beatriz bella,
que no entiende esta edad de privilegios?
Ya la noche cerró: le ha sorprendido
á mis plantas el sueño... y se ha dormido.

Beatriz. Perdonadme, Señora, si murmuro
hoy, por la vez primera de mi vida,
de esa vuestra bondad tan extremada.
No sé por qué quereis veros servida
y á todas horas por do quier cercada
de esos tiernos infantes de alta cuna,
que á la verdad, no os sirven para nada.
Dejáraislos gozar de su fortuna
bajo el techo feudal de sus castillos,
y nos valiera más... porque, Señora,
mejor que yo sabeis que estos chiquillos
tan donosos, tan cándidos y bellos,
en lugar de serviros, vamos todas
sirviéndolos á ellos.

Reina. Sepa, si ya acabó, la que murmura,
que estos exclarecidos rapazuelos
á Castilla darán prez y ventura.
Hijos de grandes son: si mis abuelos
hicieran lo que yo, si á los mayores
de estos, que grandes los verás mañana,
tendieran una vez su régia mano
y agrupáran sus timbres y blasones
en rededor del trono castellano,
no me hubieran legado, Beatriz mia,
tan pobre y destrozada
de Castilla y Leon la monarquía.

No lo hicieron así... con crudo encono
sus fueros cada cual ciego usurpaba,
y el demonio feudal minó su trono...
el demonio feudal !...
(Señalando al paje.) que aquí se acaba.
Educados por mí y acostumbrados
á ver en mí una madre y soberana,
como premio de afanes tan prolijos,
al saludar su juventud galana,
estos niños darán sombra á mis hijos;
pensarán que en las gradas de su trono
con ellos y mi amor juntos crecieron;
recibirán las honras de su mano;
acatarán, defenderán sus leyes...
y entonces no será, como hoy, un vano,
un fantasma ilusorio,
la autoridad suprema de los reyes.
Comprendes ya, Beatriz?...

Beatriz. Ah!... sí señora.
A vuestra alta prevision, á tan profundo
saber, mi pobre entendimiento humillo...
muy digna sois de gobernar el mundo!
Mas hija yo tambien de poderosos
castellanos de feudo y señorío,
sin que á ninguno por mi alcurnia ceda;
educada con vos en mi sombrío
solitario castillo de Maqueda;
y unida siempre á vos, por vos honrada
con el nombre dulcísimo de amiga...
amiga de mi Reina idolatrada!...
bien sabeis que jamás me he permitido
libertades con vos, pues siempre ha sido
vuestra persona para mí sagrada.
Por eso no extrañeis si irreverente
al limpio sol de los monarcas hallo
que así tan familiar la noble frente
de ese niño, que al fin es un vasallo,
descanse en las rodillas
de la augusta princesa cuyo cetro

en breve domará las dos Castillas.

REINA. CHARITAS PATIENS EST,—hace un instante
san Pablo nos decia... Recordemos
sus palabras, Beatriz, y de este niño
el tranquilo reposo no turbemos.
A más, nadie nos mira: moradoras
de este alcázar real, mi escasa córte
gozar en él nos deja algunas horas
del placer de la vida retirada.
Estamos solas: ves?... nada te importe.
Duerme en paz, hijo mio,
bajo el influjo de tu amiga estrella:
tu Reina está velando... acaso un dia
ante su trono velarás por ella.
Y qué hermoso!... parece que me escucha
dulce á través de su encantado sueño...
repara la sonrisa
que por sus lábios vaga... la tersura
de su límpida tez: su frente pura
que las penas aun no marchitaron...
Oh!... si le viera su dichoso padre,
mi leal Benavente... feliz conde!
Venturosos aquellos que alcanzaron
varonil descendencia!...

BEATRIZ. A vos el cielo
que os bendijo al nacer, y que ilumina
vuestra sana razon, ese consuelo
tambien concederá...

REINA. De su divina
bondad lo espero todo... Ya ha tendido
á Castilla sus rayos protectores,
la esperanza en mi seno derramando,
y en él confio que dará á mi trono
un digno sucesor del gran Fernando.
Mas, ah!... mira, Beatriz, ya se despierta
mi ilustre servidor... tal vez ha oido...

BEATRIZ. Ya es hora... Pimentel, alerta!

PIMENT. (Incorporándose.) Alerta!
dónde están?... quiénes son?

BEATRIZ. Das al olvido
que en la cámara real...

PIMENT. Pues, me he dormido?

BEATRIZ. Sí tal, y en la presencia
de tu Reina y Señora.

PIMENT. Tú la culpa
de que me duerma tienes.

REINA. No haya enojos.

PIMENT. Es que yo de latines nada entiendo,
y poco á poco su run run oyendo
cerrando voy á mi pesar los ojos.

BEATRIZ. Tenga el rapaz, si sabe, más respeto
á los santos escritos...

PIMENT. Te prometo
no ofenderlos jamás; pero declaro
que con más voluntad, y con dineros
encima, si tuviera, dejaria
diez libros en latin, por una historia
de Amadís ó del buen conde Oliveros
y el crudo Fierabrás de Alejandría.
Aquello... Aquello...

REINA. Pimentel!..

PIMENT. Señora,
aquello sí que pasma y me desvela!
Porque es muy brava cosa dar batallas
y ver á un caballero
cubierto de oro y aceradas mallas,
sobre su potro overo
ir rindiendo gigantes y murallas,
y en tanto fiero lance y aventura,
ora á su dama trovas regalando,
ora con el mandoble reluciente
al malandrin que ultraja la hermosura,
no más que de un fendiente
rajar de la cabeza á la cintura!

REINA. (Bajo á Beatriz.) Descubres ya al guerrero?

BEATRIZ. (Idem.) Y al generoso amante y caballero.

REINA. Pues bien, hijos, ya que hemos terminado
de la noche las santas oraciones,

por ver si se despeja
de las sombras del sueño mi buen paje,
Beatriz nos contará alguna conseja.
Consientes, mi Beatriz?

Beatriz. Que si consiento!..
Vuestra Alteza lo manda...

Piment. Viva! Viva!
No haya duendes ni brujas en el cuento.

Reina. Por qué?

Piment. Porque... Señora, no me gustan...

Beatriz. No dirás mejor porque te asustan?

Piment. Asustarme?.. es verdad. Cuando me acuerdo
á solas de ellos, y en mi estancia á oscuras,
me asaltan á la vez torvos girando
con sus feas, horribles cataduras...

Reina. Y un noble como tú, de esas visiones
fantásticas se asombra? De manera
que si posible su existencia fuera,
y por esas ventanas penetraran
en confuso tropel y á mí llegaran...
tú, lleno de pavor...

Piment. No! no Señora!
entonces, oh! los ojos cerraría
y delante de vos con daga en mano
al mismo Satanás embestiria.

Reina. (Tendiendo la mano á Pimentel, que este besa.)
Muy bien, mi pajecillo! Me enamoran
tu franqueza y valor. No te intimidan,
verdad?... Esos espíritus no moran
donde el honor y la virtud se anidan.
Pero dejemos ya tales quimeras,
y á Beatriz, que prepara su memoria,
narrar oigamos la anunciada historia.

Beatriz. Señora, seré breve.

Reina. Como quieras.

Beatriz. Era una noche tempestuosa: el viento
remolinando la tostada arena,
las rocas azotaba en son violento
de la agreste sin par Sierra-Morena.

Bien armado un ginete, y al acaso,
de aquella noche en las medrosas horas,
cruzaba el alta sierra paso á paso
sin esquivar las atalayas moras.
Iba triste: la sombra le envolvia...
de pronto el vendabal trajo á su oido
en medio aquella soledad umbría,
un humano, tristísimo gemido.
Detuvo su corcel; trazó su mano
en la frente una cruz... (que era el guerrero
aunque mozo resuelto, buen cristiano)
y en seguida buscó la de su acero.

PIMENT. Qué seria?

BEATRIZ. Esperó... se estuvo atento...
se inclinó para oir... tiempo perdido.
Creyó que fué ilusion aquel lamento,
ó un ay! del huracan embravecido.
Y entrambos acicates aplicando
al generoso bruto, plegó el talle
y á la sierra de Córdoba guiando,
despues de un hora descendió hasta el valle.
Franca la puerta halló de una cabaña,
y el palafren dejando entróse ella:
—Ah! del huésped!—gritó: pero ni extraña
ni amiga voz á la demanda aquella
respuesta le volvió. Siguió adelante,
y en el rincon más lóbrego y sombrío,
del hogar á la llama vacilante,
logró ver un anciano inmóvil, frio.
—Das posada?—Y el viejo silencioso
como una estátua inmoble proseguia...

PIMENT. Estaba muerto?

BEATRIZ. No, llanto copioso
por sus megillas pálidas corria.
Le dijo el caballero.—Tu querella
sepamos de qué nace: quieres oro?—
Y en sollozos rompiendo—Ay de mí Estrella!
hija del alma que perdida lloro...—
clamó por fin el venerable anciano.

Estrella se llamaba... aquí lucia...
Mírame!... ciego soy... pero su mano
en la sierra y el valle era mi guia.
Los moros se arrojaron de la cumbre
de ese monte esta tarde: aquí llegaron,
y al derramar el sol su última lumbre
á mi Estrella del valle arrebataron.
Quien quier que seas... tu camino sigue:
ya te dije el por qué de mi querella;
no harás que el oro mi dolor mitigue...
Déjame, vete en paz... Ay de mi Estrella!—
Tu Estrella buscaré.—Tente! no vayas...
Tarde con ella tu valor daria!
Encerrada estará en las atalayas...
ó acaso muerta...—Y mientra así decia,
sobre su potro el paladin saltando
á los peñascos se lanzó violento,
y el nombre de la Vírgen invocando,
volvió al lugar donde escuchó el lamento.
Cercana una atalaya descubria,
y á la atalaya fué.

PIMENT. (Con entusiasmo.) Bien!

BEATRIZ. Mas del muro,
al llegar, vió que un bulto descendia,
que en el suelo tocó y huyó en lo oscuro,
Halla puesta una escala: en son doliente
desde adentro una voz ayes exhala...
y desmontando silenciosamente
espada en mano, se arrojó en la escala.

PIMENT. Que me placen tan raras aventuras!

BEATRIZ. Entra en la torre, y solo una doncella
atada vé con fuertes ligaduras...
—Eres Estrella tú?—Yo soy Estrella...—
responde la infeliz; si eres cristiano,
denme ayuda tu honor y fortaleza;
que estos perros con su álito profano
aun no han manchado el sol de mi pureza.
Mas ay! que volverán.—Audaz desata
á la angustiada jóven el guerrero:

hasta el muro la lleva, y la arrebata
entre sus brazos arrogante y fiero.
Sobre el caballo suben... ya se alejan...
mas de pronto relinchos de corceles
oyen en torno, y voces que semejan
el salvage clamor de los infieles.
Y era cierto; los bárbaros venian
á robar la cautiva al caballero:
le rodean, le acosan y porfian...
mas siempre encuentran el valiente acero
del cristiano adalid, rayos lanzando;
se revuelve... con él ábrese calle,
y á través de las breñas escapando,
al romper de la aurora entró en el valle.

PIMENT. Gloria al valiente!

BEATRIZ. Y encontró al anciano
en el mismo lugar...—Hé aquí tu Estrella,—
le dice.—Abrázala!... de Dios la mano
te la devuelve pura. Ven con ella
á mi casa de Córdoba: seguro
asilo allí tendreis, sin pesadumbres;
que arrojar á los moros de esas cumbres
antes de un año por mi Reina os juro.

PIMENT. Y cómo se llamaba la reina del cristiano?

BEATRIZ. Se llamaba Isabel.

PIMENT. Me maravilla...
como vos.

REINA. Isabel?... Yo la primera
soy de ese nombre que reinó en Castilla.

BEATRIZ. Es que por vos el juramento era.

REINA. Por mí!... con que ese cuento...

PIMENT. No es un cuento
á lo que adivino... es una hazaña
verdadera... Declaro al caballero
por el héroe mejor que tiene España!
Quién es? dinos Beatriz...

REINA. Eres curioso,
pajecillo; la hazaña ten presente,
y cuando pruebas hagas de animoso

te diremos el nombre del valiente.

PIMENT. Es vuestra voluntad... bueno, Señora;
yo mis pruebas haré y el cielo quiera
que os agraden.

REINA. Probemos desde ahora.
Te atreves á cruzar sin que te asombre,
la oscura galería
que al aposento del monarca guía?

PIMENT. (Vacilando, y despues con resolucion.)
A oscuras?... si Señora.

REINA. Allá en mi nombre
vé á decir á su Alteza que deseo
una audiencia esta noche.

PIMENT. Y me tendreis
por animoso y más...

REINA. Sí, por quien soy.

PIMENT. Y luego, en galardon, qué me dareis?

REINA. Un beso.

PIMENT. (Con infantil entusiasmo.)
Un beso!... á conquistarlo voy.

ESCENA II.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.

(Queda la REINA pensativa: despues de una breve pausa continúa bordando.)

REINA. Há mucho que sucedió
la aventura que has contado?

BEATRIZ. Diez dias.

REINA. Pronto ha llegado
á tu noticia.

BEATRIZ. Llegó
por cartas...

REINA. Tiene interés
el lance. Buen caballero!

BEATRIZ. Sabeis ya quién es?

REINA. No: pero
sospecho, Beatriz, quién es.

BEATRIZ. No sospecheis con error.

Nunca le vísteis...
REINA. Jamás?
BEATRIZ. Jamás.
REINA. Oh !... pues eso hay más
de mi sospecha en favor.
BEATRIZ. Veamos si es bueno ó malo
vuestro tino.
REINA. A mi entender
ningun otro puede ser
sino tu primo Gonzalo.
BEATRIZ. Acertásteis!
REINA. Y te admiras?
BEATRIZ. Encantamiento parece.
REINA. Tal tributo no merece
mi acierto si bien lo miras.
En lengua propia y extraña,
del paladín cordobés
se cuentan mas há de un mes
tanta aventura y hazaña,
que al escuchar las historias
que dá el vulgo en relatar,
es fácil averiguar
su nombre por sus victorias.
Declaremos en su honor
que es sin par en las contiendas...
díme, son las demas prendas
del héroe, de igual valor?
BEATRIZ. No son por cierto inferiores;
si cupiera mejoría,
que son, Señora, diría
á su esfuerzo superiores.
De niño le conocí,
y en su ardiente juventud
á empresas de alta virtud
siempre dispuesto le ví.
No tiene, Señora, igual
en el suelo Cordobés,
por lo galan y cortés,
por lo discreto y jovial,

modelo de caballeros,
recuerda con sus acciones
á los antiguos varones,
tan amantes como fieros.
Tañe, canta, danza, trisca,
y con destreza, de él sola,
jugar sabe á la española
las armas y á la morisca.

REINA. Informes son extremados
como de ninguno oí...
Pero esos informes, dí,
no serán apasionados?

BEATRIZ. Preguntad, Señora mia,
por si la pasion esconden,
y oid bien lo que os responden
los moros de Andalucía.
Los árabes de concierto
en el campo le educaron,
y á manejar le enseñaron
los caballos del desierto.
Con ellos el paladin
ganó lauros numerosos
en los palenques famosos
de Granada y de Coin;
donde en lenguaje oriental
ha anunciado en profecía
á sus Reyes, que algun dia
clavará en lucha campal
de Aragon las fuertes barras
y el castellano leon,
sobre el más alto peñon
de las rudas Alpujarras.

REINA. Conque segun eso abona
nuestro escudo?

BEATRIZ. Con fé tal,
que un campeon más leal
no tiene vuestra persona.

REINA. Pláceme tu informacion,
pues de la lealtad y fé

de tu primo, hasta hoy dudé.
BEATRIZ. Dudásteis de su adhesion?
REINA. Mas nunca le tuve encono:
el tiempo todo lo muda,
y como hay tambien quien duda
de mis derechos al trono,
que era pensé, en la fatal
discordia que al reino aqueja,
adicto á la Beltraneja...
ó por lo menos neutral.
BEATRIZ. Le habeis, Señora, ofendido.
REINA. Pésame si le ofendí;
mas para ofenderle así
razon de sobra he tenido.
BEATRIZ. Razon decís?
REINA. Oh! cabal:
en torno á mi régia silla
he llamado de Castilla
á los nobles por igual:
y los que no hacer ultraje
á mi demanda quisieron,
ante mis plantas vinieron
á prestar pleito-homenaje.
Tú has visto su noble porte
y á cuantos con interés
me apoyan; el cordobés
nunca ha pisado mi córte.
Además, con el deseo
de conocer mis parciales,
celebro fiestas reales
en Segovia: es el torneo
mañana: en prenda de honor
daré mi caballo tordo
con esta banda que bordo
á aquel que juste mejor;
y á disputar el regalo
vinieron de los confines
del reino, cien paladines...
entre ellos no está Gonzalo.

Será mucha su adhesion
y le inspirará interés
mi causa... pero... ya vés...

BEATRIZ. Teneis, Señora, razon;
mas tendedle vuestra mano,
que no os pesará jamás:
hasta hoy Gonzalo fué más
guerrero que cortesano.
Mientras otros con patrañas
en Segovia se entretienen
y fácil lucha mantienen
de bohordos, sortija y cañas;
él dejando esas quimeras
por más preciados laureles,
alancea á los infieles
y ensancha vuestras fronteras.

REINA. Premie Dios con franca mano
de la morisma á despecho,
esa fé digna del pecho
de un caballero cristiano.

BEATRIZ. Tal vez pronto, descuidad,
llegareis á conocerle...

REINA. A la verdad, que de verle
tengo ya curiosidad.
Que un héroe de tal valía
es, con su arrojo y su celo,
un don que concede el cielo
á mi pobre monarquía.

ESCENA III.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.—PIMENTÉL.

PIMENT. Fuí á oscuras y volví.

REINA. Hablaste á Su Alteza?

PIMENT. Hablé;
pero antes sin luz llegué
á su aposento, y allí
ante su severa faz

le dí el recado... y por eso
me debeis, Señora, un beso.

REINA. Toma... y quedamos en paz.

PIMENT. Viva! He ganado honra y prez.

REINA. Te dijo el Rey?

PIMENT. Que vendría
al punto, Señora mia.
Quereis que vuelva otra vez?

REINA. No.

PIMENT. Pues dadme otros recados.

REINA. Cómo tan valiente ahora?

PIMENT. Es que como son, Señora,
tan dulcemente pagados...

BEATRIZ. Oiga el buen paje!...

PIMENT. Pues no?

REINA. Eres por demas travieso.

PIMENT. Siempre pudo mucho un beso
entre la gente de pró...
Y llegaré á ser un Cíd
si con ellos...

BEATRIZ. Eso más,
pajecillo?

PIMENT. Callarás?...

(Aparece en el fondo de la galería el Maestresala Cobarrubias, y dice en alta voz:)

Plaza á Su Alteza!

REINA. Salid.

ESCENA IV.

LA REINA.—EL REY.

REY. Que Dios guarde á la augusta Soberana
de Castilla y de Leon.

REINA. El os bendiga,
mi esposo y mi señor... Oh! perdonadme
si olvidando esta noche las fatigas
que os produce el gobierno del Estado,
esta audiencia os pedí.

REY. Yo tambien iba
á demandaros otra... Vuestra Alteza
delante va de la esperanza mia.

REINA. Deseábais hablarme?

REY. . . Sí, por cierto;
anhelaba, Señora, esta entrevista,
y de vos despedirme y de Segovia...

REINA.. Despediros, señor!

REY. Sí, por mi vida.

REINA. Fernando, qué os sucede? En vuestro rostro
fiero el enojo y el dolor se pintan...
Qué razon hay tan grave, que así os fuerza
de Segovia á salir con tanta prisa?

REY. Muy graves son; Señora; henchido el seno
de verguenza y pesar dejo á Castilla,
y me vuelvo á Aragon. En mis hogares
me conocen mejor; la frente altiva
de los hijos del Ebro, reverente
se dobla ante el monarca de Sicilia,
y atentos á mi voz alzan la suya
cuando yo lo consiento, y de rodillas.
Pero aquí vuestros nobles castellanos
con su orgullo y sus leyes, mortifican
mi orgullo y dignidad, y parto lejos
antes que apuren la paciencia mia.

REINA. Quién aquí os ofendió? Quién audaz pudo
fijar en vos su irreverente vista,
y no le confundió en aquel momento
el rayo asolador de mi justicia?

REY. Oh! que si á tanto osara algun vasallo,
á pesar de sus fueros é hidalguía,
yo me bastára, yo! porque le hubiera
mi justa indignacion hecho ceniza.
Mas no es esto, Señora... es el mandato
que se revela en vuestra ley antigua,
que os dá el derecho á vos, y á mi persona
reduce á un tiempo á nulidad indigna.
Es, Señora que el cetro castellano
aquí se hereda por derecha línea,

hembra sea ó varon el que suceda;
y vuestros nobles á la sombra amiga
de esas famosas leyes que dictaron
sus abuelos en Toro y en Medina,
con vano alarde por do quier repiten
en sus lábios vagando la sonrisa,
que aunque me aceptan como esposo vuestro...
vos sola sois la Reina de Castilla.

REINA. Qué os importan, Señor, esas palabras
que el uso antiguo á mis vasallos dicta,
si Isabel de Castilla es la primera
sierva que acude á vestra voz sumisa?
Qué importan á vuestra alma generosa
del fanático vulgo las hablillas?
Donde yo fuere Reina, allí conmigo
será mi esposo Rey... Yo bien querria
que el derecho á reinar en mis estados
fuera vuestro no mas... pero designan
las leyes mi persona. Y esas leyes
que los pasados siglos santifican,
nosotros los monarcas de la tierra
debemos acatar cual ley divina.
Sano ejemplo tendrán nuestros vasallos
porque sus pasos nuestros pasos guian,
y con él conquistamos el derecho
de enmudecer á la falaz malicia.
Ademas, don Fernando, no olvidemos
que en la cuna descansa nuestra hija...
nuestra esperanza y única heredera,
y si en algo estas leyes se varian,
no podrá recoger nuestras coronas:
y despojada de su Real legítima,
dirá en la oscuridad... «Mis padres fueron
los que arrancaron á la frente mia
la diadema real de mis mayores
que venerandas leyes me cedian.

REY. Señora, tiene el don vuestra palabra
elocuente y veraz... de herir las fibras
de mi acerado corazon: muy fuerte

en el consejo sois, y la luz viva
de vuestra mente despejada ha tiempo
que ahuyenta las tinieblas de mi vida...
Mas permitid ahora siga el norte
que mi decoro y dignidad indican.
Será vuestro el derecho... enhorabuena:
por vos, Señora, y vuestra excelsa hija
olvidaré que soy de Trastamara
el varon primogénito... Tranquilas
gozad de vuestra herencia, mas yo parto
lejos del suelo que mi honor mancilla.

REINA. No!.. Fernando... escuchad!..

REY. Aquí, Señora.
mi persona, decid: qué significa?
Qué soy á vuestro lado? Los alcaides
os hacen á vos sola pleitesía;
las provisiones todas, los acuerdos
son válidos si llevan vuestra firma;
vos disponeis los gastos del tesoro:
sin vos no puedo administrar justícia...
y mi busto se admite en la moneda
y circula, del vuestro en compañía.

REINA. Esas querellas oh!... no sabeis cuánto
de vuestra esposa el corazon lastiman,
y cuánto diera por salvar las leyes
que tanto ay Dios! vuestra altivez irritan.
Pero mejor que yo, vos don Fernando,
penetrais las razones que me obligan
á aceptar el derecho en pró y defensa
de las hembras que hubiere en mi familia.
Oh!... si abdicara yo... mis sucesoras
despojadas del cetro quedarian...
y no es justo... las hembras tambien pueden
con gloria gobernar la monarquía.
Ahora bien: si partís, quitais de un golpe
á mi trono el cimiento en que se afirma,
y le hareis vacilar...

REY. No hay ya, Señora,
apoyo que detenga su caida...

REINA. Qué decís!
REY. La verdad: con faz serena
todo mis ojos sin pasion lo miran,
y sé que vuestros fieros castellanos
valen poco en el campo, aunque se estiman
en mucho en la ciudad. Yo los he visto
ceder en Toro en vergonzosa huida,
sin atender mi voz y mi despecho,
la victoria á las huestes enemigas.
No contais con ejército. El tesoro
que os entregó Cabrera... se aniquila...
y en bandos dividida la grandeza
sus castillos retiene y fortifica.
Mirad á Francia, á Portugal... sus gentes
por doña Juana contra vos se ligan:
el francés ha pasado las fronteras:
sus tropas llegan ya á Fuenterrabía:
hasta Zamora el portugués sus Reales
del Duero ocupan la derecha orilla...
En qué esperais, Señora?
REINA. En Dios espero,
en mi razon y en la constancia mia.
REY. Y osareis combatir!
REINA. Sí! don Fernando:
á Toro volveré, y allí asistida
de los que en Toro con vergüenza huyeron,
haré que al fiero portugués embistan
hasta que laven la afrentosa mancha
que en rostro les echais. Sí, por mi vida!
yo os probaré que son mis castellanos
gente dispuesta para entrar en liza,
y que á las barras de Aragon no ceden
nuestros bravos leones de Castilla.
REY. Oh!... que el amor á vuestra pátria os ciega.
REINA. Traed vuestra inmortal ballestería
del reino de Aragon; y con mis haces
de Castilla y Leon y de Galicia,
al portugués busquemos... y sepamos
quién antes ceja en la tenaz porfía.

REY. Por Dios, Señora, que os admito el reto!...
Mis arqueros vendrán...

REINA. Pues Dios decida
de la victoria en el combate rudo.

REY. Por ellos voy sin escusar fatiga,
y al momento saldré.

REINA. Yo con los mios
firme, serena, y de esperanza henchida,
espero á Vuestra Alteza.

REY. Adios, Señora:
que él os guarde.

REINA. Señor... que él os asista.

ESCENA V.

LA REINA.

Menospreciar mis guerreros
y tratar como villanos
á mis pobres castellanos!
Que son flojos en la lid
y que huyeron con pavor...
ellos espejo de honor!
ellos, los hijos del Cid!...
Oh!... yo haré con mi constancia
que apilen tantas victorias
que eclipsen las altas glorias
de Sagunto y de Numancia.
(*Suena un clarin.*)
Mas, qué anuncia esa señal?
Será que no están abiertas
de este mi alcázar las puerta
y entrar quiere el Cardenal.
Qué habrá ocurrido?... Ay de mí!
Importancia el caso tiene,
cuando á tales horas viene
don Pedro Mendoza aquí.
(*Covarrubias dice desde la puerta de la cámara y se retira.*)
El ilustre Cardenal!

REINA. Adelante!... Plegue á Dios
que no venga de él en pos
algun suceso fatal.

ESCENA VI.

LA REINA.—EL CARDENAL.

CARDEN. Señora...
REINA. Qué nos agovia
de nuevo, ilustre don Pedro?
CARDEN. Mucho.
REINA. Decid, no me arredro...
CARDEN. El Rey sale de Segovia?
Mi pregunta perdonad;
pero al entrar he sabido
que parte, ó que ya ha partido,
y me admira á la verdad...
REINA. A Aragon con interés
de mi reino despachado,
vá para asuntos de Estado
que ya os diremos despues.
CARDEN. Siento que su autoridad
nos deje de esa manera...
REINA. Por qué?
CARDEN. Porque le quisiera
esta noche en la ciudad.
Vuestra guardia y los villanos
anduvieron á estocadas,
y en rebeldes oleadas
se agitan los segovianos.
REINA. Que ocasionó ese desman?
CARDEN. La disciplina severa
de vuestro alcaide Cabrera
es el motivo que dán.
REINA. Esa razon no es razon;
Cabrera gobierna bien.
CARDEN. Muy cierto; pero si ven
los gefes de la faccion

al Rey alejarse de ellos,
creyéndose á su alvedrío,
se lanzarán con más brio
á cometer atropellos.

REINA. Decid á mi pueblo fiel,
que si el monarca partió,
aquí en su lugar quedó
la Reina doña Isabel:
que ay! del rebelde si avanza!...
porque aunque sola me hallo,
tambien yo sobre un caballo
sé manejar una lanza.
Id, y que anuncien ahora
este acuerdo á la ciudad.

CARDEN. Lo anunciaré así: mirad
antes, si os place, Señora,
este pliego...

REINA. Urgente?

CARDEN. Lo es,
y de importancia á fé mia:
desde su campo le envia
el monarca portugués...
Oyó Dios mis oraciones!

REINA. (Recorriendo con la vista el pergamino.)
La paz!... que cese la guerra...
y que volverá á su tierra...
Oh!... pero qué condiciones!...

CARDEN. Duras son; pero en justicia...

REINA. Justicia!... y pide un tesoro,
y la posesion de Toro,
y de Zamora y Galicia?

CARDEN. Sí, mas ved que es muy audaz,
y que si avanza...

REINA. Que avance!
Si ya tan suyo es el lance,
á qué propone la paz?

CARDEN. No aspira á la monarquía...
pagar quiere sus soldados...

REINA. Desmembrando mis estados,

partiendo la herencia mia?
A eso entró con tantos brios?
Que pague con su dinero
á sus soldados; primero
que los suyos son los mios.

CARDEN. Dónde están!... Ese es el mal!...
Oh!... si alcanza otra victoria...

REINA. Pues bien: sabremos con gloria
morir, señor Cardenal.
No quiero paz que me humilla;
suceda lo que suceda,
no hay quien me obligue á que ceda
ni un átomo de Castilla...
Iré de mi estrella en pos:
defenderé el reino mio...

CARDEN. Pero...

REINA. Tranquila confio
en mi derecho y en Dios.

CARDEN. Si hasta su inmortal asiento
vuestras palabras subieran!...
Oh! si aquí todos tuvieran
vuestro soberano aliento!...

REINA. Es verdad... creyendo voy
que entre tanto hombre de Estado,
y caballero esforzado...
la más esforzada soy.
Todos en mi contra son:
todos con humilde celo
detener quieren el vuelo
de mi ardiente corazon.
Sola estoy... nadie confia
en mi pueblo, y hay quien llora...
(Gritos de la multitud y disparos de arcabuceria dentro del alcázar.)
Qué?

CARDEN. Vuestro pueblo, Señora...
Confiad...

REINA. Por vida mia!
(Sale doña Beatriz apresuradamente y con la mayor agitacion.)

ESCENA VII.

La REINA.—DOÑA BEATRIZ.—El CARDENAL.

BEATRIZ. Ah! Señora!
REINA. Beatriz!... qué es de Cabrera?
Dónde tu esposo está?
BEATRIZ. En las galerías
luchando; ay Dios!... La muchedumbre fiera
ha entrado en el alcázar: en lo oscuro
con paso cauteloso
ha logrado salvar el ancho foso,
y con maromas escalar el muro.
REINA. Entraron en mi alcázar!... y qué hacian
sus fieles guardadores, mis soldados...
BEATRIZ. Lo ignoro.
REINA. Bien está... todos dormian!
todos de su deber aquí olvidados!
Oh!... Dejadme salir...
BEATRIZ. No!... deteneos!...
CARDEN. Primero saldré yo que vuestra Alteza!...
Toca á mi autoridad ir al peligro,
y alejarlo de vos con mi cabeza.
(Aparecen en el fondo de la galería don Andrés Cabrera y algunos guardias; todos entran atropelladamente en la cámara y cierran la puerta. El choque de las armas y las voces del tumulto popular se oyen más cerca.)

ESCENA VIII.

La REINA.—DOÑA BEATRIZ.—El CARDENAL.—
CABRERA.—GUARDIAS.

CABRERA. Defended á la Reina! Aquí, soldados!
esas puertas cerrad!... y el que primero
se acerque á su dintel caiga sin vida!
REINA. Dejadlos!... No en mi cámara, en el muro
debísteis resistir la acometida.

No las puertas cerreis... queden abiertas,
que ese ronco gritar no me acobarda !...
De nada sirven las cerradas puertas
cuando el amor del pueblo no las guarda!

PUEBLO. (Gritando furioso á la puerta de la cámara.)
Muera el alcaide!

REINA. Abrid !...

PUEBLO. Muera Cabrera!!

REINA. (Abriendo las puertas y cruzando los brazos delante del pueblo.)
Mis manos abrirán... pase el que quiera!
(Se agolpa la multitud á las puertas de la cámara; pero de repente se detiene y descubre al reconocer á la REINA. Esta con creciente dignidad y esfuerzo la apostrofa.)
Qué os detiene?... mirad... franca la entrada...
hollad... hollad!... con vuestra planta impura
si á tanto os atreveis, mi real morada!
Sois vosotros aquellos segovianos
de tan claro blasón y nombradía...
los que me alzaron sobre el trono un dia
los que batieron en mi honor sus manos?
Do fué vuestra lealtad, vuestra bravura?
prestais á la traicion torpes oidos?...
y en el silencio de la noche oscura
mi palacio asaltais como bandidos...
Miserables!... Segovia de rodillas
ante la Reina de las dos Castillas!!
(Los segovianos se arrodillan.)
Qué venís á buscar?... Tú!... que del bando
rebelde y salteador vienes delante,
habla en su nombre... dí!... Yo te lo mando.

SEGOV. Ah!... Señora, Cabrera nos oprime...
nos trata con rigor... y la malicia
cuenta que goza cuando el pueblo gime...

REINA. Y es este modo de pedir justicia?
No pudiérais venir á mí presencia
mesurados, y alzar vuestros clamores
cuando en la plaza doy pública audiencia?

SEGOV. Ah! perdon!...

REINA. No hay perdon para traidores!

Los que asaltan mi alcázar: los que en Toro
cobardes, revolvieron sus caballos
y olvidaron su gloria y mi decoro,
mis hijos no son ya... ni mis vasallos.
Idos lejos de mí!

(Los segovianos se incorporan: rodean á la REINA y vuelven á arrodillarse diciendo á una voz:)

PUEBLO. Piedad, Señora!...

REINA. (Mostrándoles el pliego que le entregó el Cardenal.)
Mirad!... mirad!... el portugués osado
me demanda á Galicia y á Zamora,
y á Toro; (Bajando la voz.) porque sabe
que no tiene Castilla ni un soldado
que se le oponga en la contienda grave.
Oh... vergüenza!... Oh baldon!... Los pueblos mios
mañana pasarán á otros señores...

SEGOV. No!... no!... vamos al campo!... aun en Segovia
contais doña Isabel con defensores.

PUEBLO. Al campo!... sí!...

REINA. Pues bien; cuando yo os vea
esgrimir en el campo la cuchilla
y al portugués mostrar en la pelea
que aun no ha muerto el honor aquí en Castilla,
mi gracia os volveré. Traidor é infame
será el que no responda
cuando la voz de mi clarin le llame.

PUEBLO. Sí!... Sí!...

REINA. Y en tanto que la lid se apresta,
del portugés á la demanda altiva,
vuestra Reina y Señora asi contesta.
(Rasga el pergamino y arroja los pedazos.)

CARDEN. Viva la Reina de Castilla!

PUEBLO. (Entusiasmado.) Viva!!

(Se repiten las aclamaciones á lo lejos y cae el telon.)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

Sala del pabellon en el Alcázar de Segovia.—A la derecha del espectador, el trono y una puerta que comunica con la cámara de la Reina. En lugar conveniente una mesa con recado de escribir y cubierta con un tapete blasonado con las armas de Castilla.—En el foro tres puertas grandes.—A la izquierda, balconcillos ó ventanas ojivas.—El trono estará cubierto con cortinas, que se descorrerán cuando el diálogo lo indique.—Al levantarse el telon se oyen aplausos y gritería del pueblo.

ESCENA PRIMERA.

ZAPATA.—GRICIO.

ZAPATA. (Asomado á una de las ventanas, de la cual se retira poco despues.)
Vitor!... Soberbia lanzada!
á tierra vino...

GRICIO. Qué es ello?

ZAPATA. Que el conde de Benavente
lleva la prez del torneo.
Con él se han medido ya
Quiñones, Lara y Cienfuegos,
y al primer choque, los tres
han rodado por el suelo.

GRICIO. Siempre se dijo del conde
que tiene un brazo...

ZAPATA. De hierro!
Venid, compañero Gricio,
y su pujanza admiremos...
Aun no ha salido Su Alteza...

Gricio. Zapata amigo, no encuentro
solaz, así Dios me salve,
en esos ataques bélicos;
secretario de la Reina
como vos, tan solo tengo
aficion á cortar bien
las plumas, y á estender luego
lo que me dicte Su Alteza
con letra pulida... y presto.

Zapata. Yo tambien; pero no quita
lo esforzado á lo discreto.
Bien podemos ser los dos
en punto á escritura diestros
y á la vez dar nuestro voto
sobre si fué malo ó bueno
el tajo, el bote de lanza,
el salto, la entrada á tiempo...

Gricio. Por el alma de mi padre
que hablais ya como un guerrero!...

Zapata. Y os admirais, buen Gaspar
de Gricio? á la postre en eso
unos despues de los otros,
todos á parar vendremos.

Gricio. No decís mal: por do quiera
se ven marciales aprestos,
y la region de los aires
llenan del clarin los ecos;
no se habla más que de asaltos,
de maniobras y pertrechos...
como si Castilla fuera
á entrar con el mundo entero
en descomunal batalla...

Zapata. Y por qué no? Vive el cielo!
Mirad qué bien á Castilla
tratan los vecinos reinos:
mirad tambien por su parte
lo que hacen los sarracenos...
Ya se vé, con tantos años
de flojedad y silencio,

han pensado que Castilla
no es hoy más que un cementerio,
y entre cristianos y moros
lleva el diablo nuestro crédito.
Pero andad, que antes de mucho
las tornas les volveremos:
desde Santiago á Tarifa
de guerra ha cundido el fuego,
y cada cual se dispone
para el combate...

GRICIO. Y qué haremos
contra tantos enemigos,
tanto contrario elemento,
aquí donde la discordia
civil ha entrado en los pechos?...

ZAPATA. La Reina la ahuyentará.

(Aparece la Reina en el dintel de la puerta de la derecha sin que lo noten los secretarios, á los que se vá aproximando poco á poco.)

GRICIO. La Reina! Y aun suponiendo
que su discrecion la ahuyente,
cómo se forma un ejército
de improviso y se alimenta?
A dónde están los dineros?

ZAPATA. La Reina los buscará.

GRICIO. A mucho alcanza su génio;
mas no hay quien venza imposibles
con solo querer vencerlos.

ZAPATA. No los hay para Su Alteza...
mirad su rostro sereno
en medio de los peligros,
su continente severo,
que aliento dá á los leales,
que aterra á los descontentos.
Reparad desde que reina
cuánto ha cambiado de aspecto
el pueblo que Enrique Cuarto...
Ella manda, y al momento
á todo aquello que toca
tan otro queda y bien hecho,

como si hubiera pasado
la mano de Dios por ello.
Decid, si quien esto logra
no logrará tambien...

GRICIO. Cierto!
de todo será capaz...
porque es una santa... y luego
el Rey don Fernando...

ZAPATA. Sí...
pero ese ya es otro cuento...

GRICIO. Es valiente...

ZAPATA. Buena lanza
y cumplido caballero...
(Señalando á la frente.)
pero de aquí no hay gran cosa...
Oh! pues si no fuera eso...
Ella vale mucho más...
pero mucho!

GRICIO. No lo niego.

(La Reina se coloca en medio de los dos, los mira severamente y en silencio, y ellos inclinan la cabeza.)

ESCENA II.

LA REINA.—ZAPATA.—GRICIO.

LOS DOS. Ah!

REINA. Que no os vuelva á suceder... Los Reyes
son la imágen de Dios sobre la tierra,
y á los vasallos cumple
obedecer sin murmurar las leyes.
Solo de Dios el juicio soberano
puede apreciar sus hechos; no el profano
sordo rumor de vuestra humilde boca,
que el noble polvo de su huella toca,
que el pan recibe de su régia mano.

ZAPATA. Señora... no he querido
ofenderle...

REINA. Por eso te perdono:

mas no olvides un punto que mi oido
desde las gradas de mi excelso trono
á todas partes llega, y si te escucho
del monarca otra vez hablar en mengua,
ha de costarte el desacato mucho.

Zapata. Os juro que será muda mi lengua.

Reina. Enhorabuena: ignoro lo pasado.
Disponeos á escribir, porque deseo
antes de ver las suertes del torneo,
ocuparme en provecho del Estado.

(Los secretarios ocupan los extremos de la mesa; escriben de pié. **La Reina** dicta y se pasea.)

Gricio. Dictad, Señora.

Reina. Al Cardenal Mendoza
para que tenga pronto cumplimiento
lo que mando Yo aquí. Primeramente:

Habiendo llamado nuestra Real atencion los muchos hurtos que se cometen en las ciudades y caminos de todo el reino, y la impunidad de que gozan los criminales, disponemos la creacion de un cuerpo de vigilancia para perseguir á los bandidos en despoblado, y á los malhechores que escapen de la accion de los tribunales. Cada cien vecinos contribuirá con diez y ocho mil maravedis para el mantenimiento y equipo de un soldado de á caballo: esta nueva milicia se llamará la Santa Hermandad.

2.° Para la más pronta administracion de justicia, el doctor Alfonso Diaz de Montalvo revisará las leyes de Castilla, y recopilará un código que pueda ser de general aplicacion en todo el reino. Este código llevará el título de *Ordenanzas Reales*, y se presentará á las Córtes tan luego como estuviere concluido.

3.° Atendiendo á las graves apuros de nuestro Real tesoro; á las guerras que nos vemos obligados á mantener para la posesion de nuestra legítima herencia; á lo injusto que seria imponer nuevos tributos á los agoviados pueblos; y finalmente, á que la mayor parte de las rentas de la corona ha venido á parar á manos de los Grandes y Señores del reino, por mercedes tan

gratuitas como livianas, resolvemos en pró de nuestra augusta dignidad anular como anulamos todas las donaciones Reales que se hubieren hecho desde la última mitad del reinado anterior.

ZAPATA. (Bajo á Gricio.)
Qué os decia, Gaspar? Mirad qué pronto
dineros encontró.

GRICIO. (Idem á Zapata.) Calle y escriba.

REINA. Se respetarán únicamente las gracias concedidas á los establecimientos de buenas letras y á los asilos de caridad.

4.º Siendo el cargo de Maestre de las órdenes militares objeto de codicia por su limitado poder, y orígen su eleccion de discordias, escándalos y atropellos, se solicitará de Su Santidad una bula para que se incorporen los Maestrazgos á la corona á medida que vayan vacando.

GRICIO. (Bajo á Zapata.)
Zapata, esto es mandar con entereza.

ZAPATA. (Idem á Gricio.)
Aquí yace el poder de la nobleza.

REINA. (Dictando.) 5.º Teniendo por principal objeto las guerras que vamos á emprender el acrecentamiento de la fé cristiana y la mayor gloria de Dios, para los primeros gastos de aquellas se aplicará toda la plata de los templos. Los ilustres prelados y nuestros contadores llevarán un doble registro de cuanto entreguen y reciban para que á su tiempo sea devuelto religiosamente al culto el valor de los objetos de que ahora fuere privado.

(Sale COVARRUBIAS y dice desde el foro:)
Señora, el Cardenal!

REINA. Basta por hoy.

(Los secretarios se retiran: la REINA recoge los papeles escritos y los examina, mientras el Cardenal acompañado de algunos magnates se la acerca.)

ESCENA III.

La REINA.—El CARDENAL.—CABALLEROS.

CARDEN. No viene á honrar vuestra persona augusta
el torneo, Señora?

REINA. Al punto voy.

CARDEN. Vuestra Alteza no ignora lo que gusta
al pueblo veros presidir las fiestas
en vuestro honor por la ciudad dispuestas.
Ya la lidia empezó; los justadores
probando están su arrojo y su destreza;
mas como Vuestra Alteza,
aunque el pueblo la llama, no aparece
en el régio balcon...

REINA. Qué?

CARDEN. Desfallece
el indomable brio:
se revuelve á su vez la gente moza,
y piden veros...

REINA. Bien, vamos, Mendoza;
no piensen que desdeño
las fiestas presidir que en honor mio
Segovia ha preparado. Con empeño
me ocupo en el gobierno del Estado,
sin tregua ni sosiego,
y para vos dispuse la tarea
que apuntada vereis en este pliego.
(Se lo entrega.)
Al momento, señor, ponedla en obra,
que aunque difícil es, y el tiempo escaso,
cuando bien se aprovecha, el tiempo sobra.

CARDEN. Señora, cumpliré el justo deseo
que indica Vuestra Alteza.

REINA. En vos confío...

CARDEN. Conoceis mi lealtad...

REINA. Cierto: al torneo!

(Se retira la Reina acompañada del Cardenal y de los caballeros por la puerta central del foro.)

ESCENA IV.

PIMENTEL sale por la derecha, trayendo en una bandeja la banda bordada por la Reina, cubierta con un paño de seda y oro. — COVARRUBIAS cruza por el fondo.

PIMENT. Hola!.. señor Covarrubias!..
Eh!.. Maestre-sala!.. no alargue
el paso y acuda pronto.
COVAR. Qué manda el ilustre paje?
PIMENT. Descorra esos pabellones
y deje que le dé el aire
al trono, que antes de mucho
vendrá Su Alteza á ocuparle.
COVAR. (Descorriendo el trono.)
Tan pronto acaba el torneo?
PIMENT. No sé si temprano ó tarde...
solo sé, buen Covarrubias,
que va por demás cansándome
el peso de esta bandeja,
y que voy...
COVAR. Si os pesa dadme...
PIMENT. (Dirigiéndose al trono, sobre cuyas gradas coloca la bandeja.)
Quite allá, que á esto no tocan
las gentes de su linaje.
COVAR. Tocándolo vos...
PIMENT. Yo puedo
tocarlo, porque es mi padre
el conde de Benavente,
y sobre ser conde es grande
del reino...
COVAR. Sí: nadie ignora
que sois todo un personaje.
PIMENT. Pues bueno, por eso puedo
tocar las prendas reales.
COVAR. Prenda real en la bandeja?
PIMENT. Y de las más importantes.
COVAR. Cuál es?

PIMENT. La lujosa banda
con que debe engalanarse
aquel que cumpla mejor
en el guerrero certámen.
La Reina nuestra Señora
la ha bordado...

COVAR. Pues dejadme
que la vea.

PIMENT. No permito
que á ella se acerque nadie,
mientras Su Alteza ese velo
que la cubre no levante.

COVAR. No sea ceremonioso.

PIMENT. Quiero.

COVAR. He de verla.

PIMENT. (Interponiéndose y desnudando la daga.)
No pase!
ó vive Dios que le escondo
este acero en los hijares!

COVAR. Señor paje!

PIMENT. Atrás!
(Sale doña Beatriz por la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ.—PIMENTEL.—COVARRUBIAS.

BEATRIZ. Qué ruido!
Quién osa aquí desmandarse?...

PIMENT. Nadie, soy yo...

COVAR. (La marquesa
de Moya... Cristo me ampare!)
(Se vá retirando poco á poco hasta que desaparece sin que lo noten.)

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ.—PIMENTEL.

BEATRIZ. Y qué haces tú?

PIMENT. Defender

las régias inmunidades.

BEATRIZ. Con daga en mano?

PIMENT. (Envainando.) Pues no?
y si tardas más, la sangre
hubiera corrido.

BEATRIZ. Cielos!
un homicidio!

PIMENT. Fué un lance
terrible, hermosa Beatriz.

BEATRIZ. Mas qué fué?

PIMENT. Que ese danzante
de Covarrubias, queria
ver la banda á todo trance,
y yo me empeñé en que no...

BEATRIZ. Y la daga desnudastes?

PIMENT. Cabal.

BEATRIZ. Y le hubieras dado?

PIMENT. Yo nunca amenazo en valde.

BEATRIZ. Miren el rapaz!...

PIMENT. Beatriz!
no me ofendas.

BEATRIZ. No me alce
el pajecillo la voz,
si no quiere que le guarde
tres dias en la leonera.
Hay locuelo semejante!
Tirar sin más del acero
en tan sagrados lugares!
Como Su Alteza lo sepa,
yo sé que no has de librarte
de un buen castigo.

PIMENT. Si tú
no se lo dices, no es fácil
que llegue á saberlo.

BEATRIZ. Yo
no debo nunca ocultarle
nada que en decoro sea
de su casa.

PIMENT. Bien, dá parte

y que se tuerza conmigo,
y que sobre mí descargue
la tormenta... que en seguida
te juro que he de arrojarme
en el foso de cabeza.

BEATRIZ. No harás tal.

PIMENT. Como no calles...
que sí callarás... tú tienes
buen alma, y aunque regañes...

BEATRIZ. No volverás?...

PIMENT. Mi palabra...

BEATRIZ. Pues bueno, por esta pase;
pero en castigo no irás
al torneo.

PIMENT. Que me place!

BEATRIZ. No te enojas?

PIMENT. No, porque
me quedaré acompañándote,
que es gracia en vez de castigo.

BEATRIZ. Mucho picas de galante.

PIMENT. Y tú de hermosa.

BEATRIZ. No mientas,
pajecillo; las verdades
son las que Dios galardona.

PIMENT. Pues debe galardonarme
su Divina magestad,
que eres bella como un ángel.

BEATRIZ. No acabarás?... ven conmigo
al balcon.

PIMENT. Iré al instante
para que admiremos juntos
las hazañas de mi padre.

BEATRIZ. De tu padre?

PIMENT. Como que es
el que mantiene arrogante
la justa entre los guerreros
que hoy en Segovia combaten.
Héle en medio del palanque,
haciendo ostentoso alarde

de sus ganados trofeos!
A todos reta, y ya nadie
se atreve... suya es la banda!
ninguno á su encuentro sale.
(Gritando.)
Ese!... ese es un Benavente!...
que viva mi señor padre!
(Suena un clarín.)

Beatriz. Calla, loco!... ese clarin...
anuncia que vá á trabarse
de nuevo la lid.

Piment. Es cierto,
ya verás qué pronto abate
el conde al nuevo contrario
que pretende disputarle...

Beatriz. Y á dónde el contrario está?

Piment. Allá... junto á los adarves...
el del alazan tostado,
no le ves?

Beatriz. Sí, sí, buen talle!
quién será?

Piment. Ni armas ni mote
en el limpio escudo trae...

Beatriz. Y calada la visera...
y el morrion sin plumaje!...

Piment. No tendrá fé en la victoria
cuando recata el semblante.
(Suenan aplausos.)

Beatriz. Ah!... saltó con el caballo
la barrera...

Piment. Bah... y le aplauden!...

Beatriz. La ha saltado con limpieza.

Piment. Quita allá!... si eso lo hace
cualquiera que monte bien...

Beatriz. Por eso con tal donaire
la saltó el aventurero.

Piment. Mucho!... y por poco se cae...

Beatriz. No le mires de reojo,
porque hasta el fin nadie sabe...

PIMENT. Ya están los dos lidiadores
sobre la arena... Ya parten...
Eh!... señor Conde, cuidado!
á vencer á ese gigante,
y suya será la banda...
(Algazara en el exterior.)
Ah!... cielos!... cayó mi padre!
(Se vá apresuradamente por el foro.)

ESCENA VII.

BEATRIZ.

Cayó por tierra el buen conde
de Benavente: el sin par
en la pujanza y destreza...
Encuentro descomunal!
Lastimado vá, aunque el golpe
no ha sido de gravedad,
porque de sus escuderos
no quiere el brazo tomar.
En tanto en medio del circo,
y sin descubrir la faz,
revuelve el aventurero
su inquieto ardiente alazan,
y reta á los paladines
que en torno las vallas hay.
El guante arroja!... ninguno
osa la prenda tocar,
y se retira del campo...
Hace bien, porque en verdad
el que ha derribado al conde
á quién no derribará?
(Se oyen músicas en el campo.)
Ya deja el balcon Su Alteza,
y á su vez los jueces van
á declarar vencedor
al venturoso rival
del conde... Cuánto misterio!

musica

Por qué se obstina en guardar
el rostro?... Calle!... Si el Rey
se nos habrá vuelto acá?
Salir de Segovia anoche
con tanta celeridad...
Habrá sido estratagema?
El solo, y ninguno más
al fuerte brazo del Conde
ventajas puede sacar...
Bueno fuera!... Se ha picado
á fé mi curiosidad.

ESCENA VIII.

LA REINA.—BEATRIZ.—PIMENTEL.—CABALLEROS.—
Guardias.

(Preceden á la Reina guardias, reyes de armas y caballeros armados y en trage de córte, que se colocan á derecha é izquierda y enfrente del trono. La Reina toma asiento en él, y Pimentel, hincada una rodilla, le presenta la bandeja que contiene la banda.)

REINA. Llegar puede el que ha vencido
en esta justa real.
(Al son de una marcha guerrera sale este acompañado de los jueces del campo, y precedido de ciento veinte pajes que se colocan en el fondo. Cuando el vencedor llega al centro de la escena, cesan las músicas y continúa la Reina.)
Habeis lidiado en mi honor
con esfuerzo singular.
Ignoramos vuestro nombre,
vuestra pátria y calidad;
pero los jueces del campo
bajo su voto leal,
por hombre diestro en las armas
y buen caballero os dan.

Venid á cobrar el premio;
enhorabuena llegad;
y aunque antes saber quisiera
á quién destinado vá,
por si os lo veda algun voto
no os pido que os descubrais.

VENCED. Un voto me lo impedia
antes del premio ganar;
pero habiéndolo alcanzado,
nada hay que me lo impida ya.
(Levanta la visera.)
Yo soy Gonzalo Fernandez
de Córdoba; capitan
de ciento veinte caballos
de mi casa propiedad.
Nuevo soy en vuestra córte;
pero aunque no os ví jamás,
há tiempo que este soldado
con fé saludando está
el astro de vuestra Alteza
desde su antiguo solar.

REINA. Noble Gonzalo Fernandez
de Córdoba, tiempo há
tambien que á las dos Castillas
llegó el estruendo marcial
de las acciones gloriosas
con que vuestro nombre honrais.
Venid, y por recompensa
el corto don aceptad
de esta banda que mis manos
bordaron con harto afan
para el mejor caballero
de mi córte.
(Gonzalo desata el casco, que entrega á su paje de lanza, y se adelanta hasta el trono, en cuyas gradas dobla una rodilla, mientras la Reina le ciñe la banda.)

GONZAL. Siempre irá
sobre mi pecho al combate.

REINA. Que os libre de todo mal.

(Bajando del trono.)
Concluyó la ceremonia;
caballeros, despejad.
(Los caballeros se agrupan y pasean en las galerías del foro. Los guardias y los reyes de armas se retiran.)

ESCENA IX.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.—GONZALO.

GONZAL. Perdóneme vuestra Alteza
si como nuevo en la córte,
en las palabras ó el porte
cometo alguna torpeza.
Habeis mandado alejar
á la córte que os servia,
y yo con ella debia...
REINA. No... vos os podeis quedar,
GONZAL. Con tal honra soy feliz...
REINA. Bien tal honra mereceis;
ademas, que hablar tendreis
con vuestra prima Beatriz,
y no os debo yo privar
despues de tan larga ausencia...
GONZAL. No sé si en vuestra presencia
puedo hacerlo sin faltar.
REINA. Oh!... sí; porque amor nos liga
con un lazo que se apoya
en la infancia... es la de Moya,
sabedlo, mi única amiga.
GONZAL. Conserve Dios la firmeza
de ese lazo, por su bien.
BEATRIZ. Que él, primo, os guarde tambien
para servir á su Alteza.
GONZAL. Poco vale el campeon;
mas Su Alteza, bueno ó malo,
tiene á sus pies, de Gonzalo
el brazo y el corazon.
BEATRIZ. Mucho dísteis en tardar

para ofrecerlos.

GONZAL. Tardé?

REINA. Tanto, que de vuestra fé
empezamos ya á dudar.

GONZAL. Pésame, Señora mia,
que así de mi fé dudaran;
dejé que se adelantaran
los hombres de más valía
á ofrecer á vuestra Alteza
su rica hacienda sin tasa,
como cabezas de casa
y jefes de la nobleza.
Por eso vino á jurar
de vuestra Alteza á los piés
mi hermano el noble marqués
don Alonso de Aguilar.
Y por eso, á la vez mia,
en mi casa abandonada
solo quedé, porque nada
con que brindaros tenia.
Pero á Córdoba el rumor
llegó con celeridad
de que hoy en esta ciudad
se lidiaba en vuestro honor,
y al escape y con deseo
de asistir á la jornada,
vine á ofreceros mi espada...
que es todo cuanto poseo.

REINA. Ella os dió ya los renombres
de fuerte, de valeroso,
y os hace más poderoso
que lo son mis ricos-hombres.
Vuestra espada acepto, sí!
y sabré en estimacion
tenerla, porque este don
digno es de vos y de mí.
Que no solo he menester
haciendas, sino maestros
que formen guerreros diestros

para luchar y vencer.
Hombres... mejor que tesoros,
que en Dios puesta su esperanza,
con su caballo y su lanza
se entren por tierra de moros.
Almas nobles, bienhechoras,
que marquen de honor las huellas;
brazos que saquen *Estrellas*
de las atalayas moras.

GONZAL. Ah!... quién tales nuevas dá
en vuestra córte de mí?

REINA. Gonzalo... se sabe aquí
cuanto haceis vos por allá!
Dejad por ende lo uraño
y el dudar de vuestro porte,
porque aunque nuevo en mi córte,
no sois en mi córte extraño.
Tanto y tal de vuestra prez
hablar oí, que aunque os veo
por primera vez hoy, creo
que ya os he visto otra vez.

GONZAL. Tambien yo, que siempre lejos
de vuestra ciudad viví,
yo que jamás recibí
de vuestro sol los reflejos...
cuando hoy atento os miraba,
me pareció que no era,
Señora, la vez primera
que vuestro sol saludaba.
Y consiste, pienso yo,
en que á mis solas un dia
volando la mente mia
su grandeza imaginó...
Y hoy que de frente le veo
hallo de tal hermosura
su luz, tan ardiente y pura
cual la pintó mi deseo.

ESCENA X.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.—GONZALO.—EL CARDENAL. —CABALLEROS.—LOS PAJES DE GONZALO en las galerias del fondo.

REINA. Tened... Señor Cardenal,
me buscais?
CARDEN. Daros queria
el nuevo pliego que envia...
REINA. Quién?
CARDEN. El Rey de Portugal.
(Mientras la Reina le abre y lee, doña Beatriz dice bajo á Gonzalo.)
BEATRIZ. Primo, al hablar ten cuidado;
que aquí es fácil un desliz.
GONZAL. Por qué lo dices, Beatriz?
BEATRIZ. Porque has dicho demasiado.
GONZAL. Eso es verdad?
BEATRIZ. Hasta ahora
hablaste como un amante
hablar pudiera, delante
de su adorada señora.
GONZAL. Tal crees?... Qué desvarío!...
BEATRIZ. Deja los soles aquí,
que hablar á una Reina así
no es atento, primo mio.
GONZAL. Bien, prima... no será atento;
pero en todo lo que hablé,
te doy mi palabra y fé,
de que he dicho lo que siento.
Ni yo sé de qué otro modo
quisieras tú que yo hablara...
BEATRIZ. En la córte se repara
en todo, Gonzalo, en todo...
GONZAL. Al que mal de mí pensare
y dé en repararme audaz,
pondré del revés su faz
para que más no repare.

BEATRIZ. Eso, Gonzalo, es peor...
GONZAL. Pues si eso y todo aquí es malo,
no quiere córte Gonzalo...
en el campo está mejor.
Más que de flores y luces
y de frases rebuscadas,
gusta de andar á lanzadas
con los moros andaluces.
REINA. Oh!... palabras de villanos!
Traicion es por vida mia!
CARDBN. Señora...
BEATRIZ. Qué!
REINA. Lo temia!
(Al Cardenal.) Llamad á mis castellanos!
(A una señal del Cardenal vuelven á la escena los caballeros que están en las galerías.)
GONZAL. Perdonadme si os pregunto...
Pero nublan los enojos
el brillo de vuestros ojos...
REINA. Sabreis la razon al punto.
Castellanos!.. por su mal
y ultrajando nuestro fuero,
van á cruzar hoy el Duero
las armas de Portugal.
La tregua rompen: de honor
quebrantan las santas leyes
en mengua de vuestros reyes,
y pensando que el temor
á mi pueblo fiel agovia,
y que postrado se halla,
á dar vienen la batalla
á las puertas de Segovia.
La lucha por fin comienza,
y por manejos traidores
vencidos ó vencedores
suya será la vergüenza.
Oid bien: sin vacilar
recoje el aliento mio...
el guante del desafío...

pero antes de contestar
á los injustos desmanes
con que Portugal me humilla...
Oh! vosotros, de Castilla
los mejores capitanes,
de puro honor limpio espejo;
hombres de ciencia y verdad...
mi entendimiento alumbrad
con vuestro sabio consejo!
Sí! y al dar vuestra opinion,
pensad bien que en esta liza
á todo nos autoriza
la ley de nuestra razon.

CARDEN. Siempre mi labio leal
del bien y el mal os advierte:
fiar del reino la suerte
en una lucha campal
será una lucha de gloria
que eternice vuestro nombre,
pero es ceder, no os asombre
al portugués la victoria.
Ausente el Rey, con soldados
que aun no saben pelear,
seremos á no dudar
en el campo derrotados.
Encuentro que hay mejor modo
para que todo concuerde:
si con él algo se pierde
al fin no se pierde todo.
La paz que os tiene propuesta
se puede modificar:
aun es tiempo de tratar
sobre ella, y de dar respuesta.
Yo mismo saldré de aquí
á llevarla, si aceptais:
decid cuál es la que dais.

REINA. La misma que anoche dí.
«No quiero paz que me humilla:
suceda lo que suceda,

no hay quien me obligue á que ceda
ni un átomo de Castilla. »

CABALL. Mejor es aquí aguardar
las huestes del enemigo,
y de Segovia al abrigo
su empuje contrarestar.
Aquí podremos seguros
las banderas portuguesas
hacer volar en pavesas,
cubiertos con nuestros muros.
Cerremos, pues, la ciudad.

GONZAL. (Con ímpetu.) Ignoro si hablar me toca...
pero, por Dios, que mi boca
dirá...

REINA. Sí, Gonzalo, hablad.

GONZAL. Qué es paz con quien hace guerra?
Qué es fijar aquí la planta
ante el que treguas quebranta
y se entra en extraña tierra?
Hierro al hierro!.. pareceres
son estos los más seguros...
y quédense aquí los muros
para guardar las mujeres.

CARDEN. Y á un ejército aguerrido
pensais vencer con ultrajes,
ó con la tropa de pajes
que á la córte habeis traido?

GONZAL. Pajes, señor Cardenal,
á mis águilas llamais?
Por Dios, que los insultais,
ó los habeis visto mal.
Irán á los portugueses,
pero antes quiero, señor,
que los conozcais mejor.
Hola!... á mí los cordobeses!
(Los caballeros dejan descubierto el fondo, y por él avanzan de los ciento veinte soldados de Gonzalo, todos los que permita el local.)
Estos son mis campeones:
no pajes, sino soldados:

mirad sus rostros quemados...
la tela de sus jubones!
(Gonzalo desgarra la túnica del que tiene más cercano y deja ver la coraza que trae debajo: los demás soldados descubren tambien las suyas.)

REINA. Ah!

GONZAL. Señora! con mi espada
tambien os vine á ofrecer
estos que han hecho correr
á los moros de Granada.
Prontos á la lid están:
son de mi casa vasallos,
tienen armas y caballos
y á donde yo vaya irán.
Más fuertes que su coraza,
han teñido en sangre roja
los torreones de Loja
y los jardines de Baza!
Porque en su ardor juvenil
cuando les mando atacar,
lo mismo saben lidiar
con ciento, que con cien mil.
Vuestros son; y si quereis,
saldremos al campo ahora...
esta es mi opinion, Señora,
y os ruego que la acepteis.

REINA. Oh! mi bravo campeon!
vuestra opinion y promesa
oigo con menos sorpresa
que gozo y admiracion!
Acepto vuestro regalo
de la victoria en abono:
no teme nada mi trono
con héroes como Gonzalo!
Vuestra opinion es la mia,
y la de todos.

CABALLS. Sí! sí!

GONZAL. Pues bien, salgamos de aquí
antes que concluya el dia.

Dad la señal, y al momento
al reino en armas pondreis!
Dad la señal, y vereis
cómo vuela en su ardimiento
cubierta con fuerte malla
y en el cinto la cuchilla,
la juventud de Castilla
á los campos de batalla!

REINA. Pues á lidiar con teson
como buenos caballeros:
mañana con sus arqueros
el Rey vendrá de Aragon;
y echaremos, á fé mia,
de nuestra tierra natal,
á Francia y á Portugal,
y al moro de Andalucía.
Hoy la voz de mi clarin
por la castellana tierra,
que llegue haré en son de guerra
al más lejano confin.
A lidiar con fuerte pecho!
solo el valor nos escuda;
mas Dios será en nuestra ayuda
y en pro de nuestro derecho.
A lidiar! no haya reposo
hasta arrojar la semilla
que haga brotar en Castilla
un imperio poderoso.
Gloria al Dios de las alturas...
y él os dé por galardon
la gloria... y la bendicion
de las edades futuras!
Sus!... al llano, á la montaña,
y constancia en los reveses!

GONZAL. A caballo, cordobeses!
Sus!... Santiago, y cierra España!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

GRANADA.—1492.

Soldados tendidos al foro con ...

Oscuro -

JORNADA TERCERA.

Un puesto avanzado de tropas del ejército cristiano; centinelas en las colinas de la derecha é izquierda. En lugar conveniente, una tienda de campaña, dentro de la cual están bebiendo y conversando los comandantes del puesto: varios grupos de soldados y de mercaderes, judíos y vivanderas, circulan por la escena. Al fondo y en lontananza la Sierra Nevada; en su falda una vista en relieve de los muros y torres de Granada; en la de la Vela está izado el pabellon moruno. Es el amanecer.

ESCENA PRIMERA.

En la tienda, PAREDES.—FARFAN.—BERNALDEZ.—GIMEN.
En la escena, SOLDADOS.—MERCADERES.—VIVANDERAS.

SOLD. 1.º (A unos cuantos que están durmiendo sobre el suelo.)
Arriba!... á poner en punta
los huesos, que ya clarea:
vamos, gallegos, que ahora
os toca la centinela.

(Los soldados se incorporan y siguen al primero que releva algunos centinelas.)

2.º (En el grupo de la derecha á un judío.)
Eh!... Daniel!... llégate acá.
Qué hay de bueno en esta cesta?

JUDÍO. Aceitunas y pan fresco,
arrope, queso, manteca,
dátiles, hilo de cáñamo,
cintas, aguardiente, esencias...

2.º No digas más, aguardiente!

Saca al aire la botella
y venga á copa por barba,
que yo pago.
(El judío destapa la cesta y los soldados comen y beben.)

3.° (En el grupo de la izquierda á una vivandera.)
Oye, morena!
te quieres casar conmigo?

VIVAND. Está muy lejos la iglesia.

3.° Iremos á la mezquita
de Zoraida.

VIVAND. No, que en ella
el preste casa á lo moro,
y yo soy cristiana vieja.

(Los soldados del grupo.)
Já! já, já.

3.° Es tambien cristiano
lo que llevas hoy de venta?

VIVAND. Sí, todo; menos el vino.

3.° Es moro?

VIVAND. Como un Humeya.

3.° Pues tráelo acá, que si es moro
le cortaré la cabeza.
(La vivandera les dá de beber.)

4.° (En el grupo del centro.)
De hielo ha sido la noche,
camarada.

5.° Un poco fresca.

4.° No más que un poco, y la escarcha
levanta pulgada y media?
Hum! vive Dios... que de frio
no puedo mover las piernas!

5.° Porque sois un estafermo.

4.° Veremos, señor Babieca,
cómo está vuestra merced,
cuando llegue á los cincuenta:
cuando haya dormido al raso
diez años y...

5.° No se ofenda!...

4.° Y haya sufrido tres meses

y dos semanas completas
el penetrante poleo
de esa condenada sierra
cubierta siempre de nieve.
Pero por fortuna vuestra
sois mozo y venís al baile
cuando concluye la fiesta.

5.° Pues qué! no habrá más asaltos!

4.° Qué!... si hoy Granada se entrega.
Volvereis á vuestras casas
con las tizonas doncellas...

5.° Quién sabe?...

4.° No hay más quien sabe...
Hoy dos de enero...

5.° Aun ondea
el pabellon de Boabdil
en la torre de la Vela.

4.° Pues dicen...

5.° Qué sabeis vos?

4.° (Separándose.)
Dejemos en paz la lengua...

5.° Ha matado muchos moros
su merced?

4.° Perdí la cuenta.

PARED. Villanas murmuraciones,
amigo Farfan, son esas.

FARFAN. Lo serán... pero eso dicen
de Gonzalo y de la Reina.
Ah!... y á propósito de esto
esperad...
(Sale á la puerta de la tienda y dice al soldado 1.° que vuelve de relevar.)
Eh! Pero-Puerta!

1.° Qué mandais, mi capitan?

FARFAN. Que se coloque un trompeta
sobre la altura de Tarfe,
y que avise en cuanto vea
que sale de Santa Fé
la escolta de sus Altezas.

(El soldado parte. Farfan vuelve á su sitio.)

Pues como os iba diciendo,
murmuran que se las pelan.

PARED. Pues vive Dios! que si alguno
delante de mí lo hiciera,
á murmurar no volvia
aunque tuviera cien leguas.
Voto á Santiago! Y en qué
se fundan esas sospechas?

FARFAN. Eso mismo digo yo,
Paredes, en vagatelas.
En que de Gonzalo encomia
las arriesgadas empresas...

PARED. Bien lo merecen del héroe
el denuedo y gentileza.
Pues no le encomiamos todos?

FARFAN. Cierto. En que cuando la quema
del pabellon, se abrasó
con él la cámara entera
de la Reina, y fué Gonzalo
el que con gran diligencia
hizo venir desde Illora
trajes y ricas preseas
que aceptó doña Isabel...

PARED. Hizo bien, que suyas eran.

BERN. Es verdad.

GIMEN. Sí.

PARED. Porque suyas
son nuestras vidas y haciendas.

FARFAN. Es que...

PARED. No más quiero oir
esas infames torpezas,
porque al escucharlas siento
hervir la sangre en mis venas.
Por Cristo!... calumnias de hombres,
peores que mujerzuelas,
y que debieran llevar
en vez de espada una rueca!

FARFAN. No os altereis, buen Paredes,

porque aquí ninguno acepta
esas mentiras.

PARED. Es que...

BERN. A beber!

GIMEN. A beber!

FARFAN. Sea!

(Apurando una copa.)

A la salud de Gonzalo.

PARED. Por la gloria de Su Alteza.

(Beben y siguen aparte.)

2.° Qué se debe, Daniel?

JUDÍO. Con todo monta cuarenta
maravedís.

3.° Bien, judío...
dáte por ahí una vuelta
y en Granada pagaré.

JUDÍO. Dios de Sion!... quién espera?...

(Siguen disputando aparte.)

3.° Tú no tienes caridad
de los pobres!

VIVAND. No me pesa,
págame lo que has bebido.

JUDÍO. Es una infamia...

2.° Anda... pieza!

VIVAND. Me quejaré al capitan.

(Soldados de uno y otro grupo.)

Oye!... Tente!

1.° Quién vocea!

JUDÍO. Que me paguen mi aguardiente...

VIVAND. Y á mí el vino!...

1.° Menos gresca!
A vista del enemigo
no se puede pagar... ea!

VIVAND. Pero...

JUDÍO. Es que...

1.° Silencio! ó mando
que os den un trato de cuerda.

2.° Calle!... el loco!...

(Varios soldados.) Ahí viene el loco!...

(Todos se confunden y amontonan, y miran con curiosidad á COLON, que sale con traje humilde y la gorra debajo del brazo; pasa por delante de todos profundamente abismado en sus reflexiones, y despues de cruzar el escenario se sienta sobre un peñasco.)

ESCENA II.

LOS MISMOS.—COLON.

2.° Siempre al aire la mollera.
5.° Pardiez!... hace calor?
1.° Maese Cristóbal!
Se viene á ver los muros de Granada?
Se ha estado en Santa Fé? Cuándo nos damos
á la vela?
2.° No entiende.
3.° No oye nada.
COLON. (Para sí.)
Cuarenta mil... cuarenta mil ducados
y el apoyo real... y el mundo es mio!
Liviana humanidad! Oh! qué menguados
son los sabios que hallé!... Qué inteligencia
tan mezquina la suya... Desvario
dicen que es el lenguaje de la ciencia...
y la locura el audaz, noble ardimiento
del génio... cuya luz romper no puede
las nieblas de su oscuro entendimiento.
Y yo de corte en corte suplicando!...
Yo de un mundo señor! Voto á los Cielos!...
2.° Murmura?
1.° Sí.
3.° Qué dice?
1.° Está rezando.
COLON. Yo de un mundo señor... mundo ignorado...
ignorado por todos los vivientes!
que la mano de Dios me ha señalado
allá! donde su luz divina y pura
el can abrasador lanza á torrentes!...
No lo he soñado... no!... que he consumido

por él mi juventud... y al fin le veo
bajo la línea equinocial tendido,
brotando con sus montes á millares,
sus claras fuentes y eternal verdura
del hondo seno de los bravos mares.
Quién me diera un bajel!... Del Occéano
las nunca hendidas olas y corrientes
gobernando el timon por esta mano,
salvaria...

(Varios soldados.) Já!... já!...

COLON. (Reparando en los que le rodean.) Qué hay, buenas gentes?
Me escuchábais?... tomais por arrebatos
de una cabeza enferma las verdades....
y os reis?... Yo tambien... já!... já!... insensatos!

1.° Hoy está de buen aire.

2.° Pero-Puerta,
hacedle hablar...

(Varios soldados.) Si!.. Si!.. que nos divierta!

1.° Ha tiempo que no os vemos, seor marino.
Cómo dejais la costa?.. hay marejada?
A qué tan lejos de las playas vino?..

COLON. No sé. Qué tropa es esta?

1.° La avanzada
del Campo de la Reina.

COLON. Hermosa estrella
del sólio castellano.
Es aquella Granada?

1.° Aquella.

COLON. Aquella?
la ciudad oriental!

1.° Famosa vista!
qué tal? la abriga bien Sierra Nevada?

COLON. Aquella es la ciudad cuya conquista
largos años de afan y tantos rios
de sangre cuesta á los unidos tronos
de Aragon y Castilla? Y aun sus muros
sostienen del infiel los pabellones
y firmes se mantienen y seguros?
Ay de mí sin ventura!.. los monarcas

para todo lo grande y portentoso,
tesoros sacrifican y soldados...
y á mí que ofrezco descubrir un mundo,
nadie me dá cuarenta mil ducados!

1.º Ya vuelve á su manía.

2.º Dadle por ella.

3.º y 5.º Sí!

1.º Mejor seria
que siguiérais aquí nuestras banderas
conquistando las torres de Granada,
que siempre valdrán más que esas quimeras.

COLON. Sacrílego! no ultrages lo que ignoras...
lo que nunca podrá tu limitada
comprension entender. Por qué avaloras
en más esa ciudad medio abrasada
por el ardiente rayo de la guerra,
si no sabes aun, yo te lo fio,
lo que ese mundo en su recinto encierra?...
Cómo apreciar podrás el mundo mio?
Dónde está sabes tú? Qué! encanecieron
tus ásperos cabellos observando
el giro universal de las estrellas?
Alguna vez tus ojos se encendieron
del sol siguiendo las sangrientas huellas?
de nuestro globo la estension mediste?
Has sentido el terrestre movimiento
y en tu seno por dicha ha penetrado
de Dios un dia el soberano aliento?...
Mas ay!.. qué os hablo yo!.. vanas locuras!
No... mi mundo no veis, que está distante...
y vosotros, humildes criaturas,
apenas veis lo que teneis delante.

1.º Trate con más respeto á los soldados
de Isabel y Fernando, el señor loco.

COLON. Sí... loco!.. embaucador!.. esos dictados
me dán los que de ciencia saben poco;
los que solo comprenden que el buen nombre,
la gloria de su patria idolatrada,
consiste en derribar cabezas moras,

cansar un potro y manejar la espada.
2.º A fé que nos maltrata.
3.º Nos humilla.
5.º Que dé satisfaccion de tanta mengua.
1.º Decid vivan los hijos de Castilla.
COLON. A la fuerza... jamás! antes la lengua
arrancarme sabré.
2.º Pues á las manos
con él!...
COLON. (Tirando de la espada: algunos soldados hacen lo mismo.)
A mí... por Dios, que á todos juntos
os acuchillo...
SOLDS. Al loco!
COLON. Atrás!

(En el momento de acometerse, aparece Gonzalo y se interpone entre Colon y los soldados. Al propio tiempo se oye á lo lejos el sonido de una trompeta. Los comandantes del puesto se levantan y salen de la tienda.)

ESCENA III.

GONZALO.—DICHOS.

GONZAL. Villanos!
Habeis la razon perdido?
Acometen vuestras manos
á uno solo?... y sois cristianos!
De quién lo habeis aprendido?
1.º Señor.
GONZAL. Oh!... no quedarán
impunes por vida mia,
hechos de tal cobardia!
Paredes! ya no entrarán
los que hay en esta avanzada,
en la ciudad los primeros.
No!... que entren de los postreros
y sin armas!... en Granada.
COLON. Perdonad.
GONZAL. Esto ha de ser...

y no me rogueis, Colon,
que no concedo perdon.
Los que llegaron á hacer
uso tal de sus aceros,
no pueden con atambores
entrar como vencedores,
sino como prisioneros.
Bernaldez! Gimen! Farfan!
á recibir á Su Alteza.

(Estos y los soldados se retiran y forman en el fondo.)

COLON. Tratais con harta dureza
ese ligero desman.

GONZAL. Oh! la dureza no embarga...
dejad que los trate así...
Mas cómo os encuentro aquí
despues de ausencia tan larga?

COLON. Pensé lejos de Castilla
nueva fortuna correr...
pero me han hecho volver
Santangel y Quintanilla:
con su noble proteccion
mi proyecto han escudado,
y en pro de él han trabajado,
con la mejor intencion;
mas sin duda por la ley
del mal que marca mi huella,
su buena intencion se estrella
en la dureza del Rey.
Nada logran... convencido
de todo, partir resuelvo,
y aquí me teneis que vuelvo
de igual suerte que he venido.

GONZAL. Sois infeliz por demás.
Y hoy de Castilla salís?

COLON. Cierto.

GONZAL. Y del plan desistís?

COLON. Desistir? eso... jamás!
Es mi fé más decidida
de lo que pensais, señor;

de planes de tal valor
se desiste... con la vida.
Cruzaré toda la tierra.

GONZAL. Me asombra vuestra constancia!
Y adónde vais?

COLON. Dónde? á Francia,
y despues de ella á Inglaterra.
Sí... toda la amarga copa
del desaire apuraré!
Iré á las córtes, iré,
que están al norte de Europa;
y si por sus aguas surco
tan mal como de esta banda,
iré á llevar mi demanda
al imperio del Gran Turco.
Que tal vez los mahometanos
quieran mi mundo aceptar...
siquiera por no imitar
la ruindad de los cristianos.

GONZAL. Seguro de la jornada
estais, Colon?

COLON. Sí por Dios!
tan seguro, como vos
lo estais de entrar en Granada.
Gasté mis años mejores
en un plan que está acabado.

GONZAL. Pero... fué ya examinado
por nuestros sábios doctores?

COLON. Eso mismo ha sucedido:
sí, con ellos hablé yo,
y mi vasto plan quedó
á su opinion sometido.

GONZAL. Y resulta?

COLON. Que jamás
su opinion será la mia:
que saben de teología,
pero que no saben más.
Que con argucias pretenden
probar que mi plan insulta

hasta los cielos:—resulta
que les hablo y no me entienden.
Resulta... que saben poco,
y que entre bulla y desprecios,
por no declararse nécios,
me declaran á mí loco.

GONZAL. Todos nécios, buen Colon?

COLON. Acaso no lo serán...
pero no entienden mi plan,
y para mi plan lo son.

GONZAL. Les dísteis?...

COLON. Oh!... por completo
datos y noticias hartas
presenté... menos mis cartas
de mar, que son mi secreto.
Les dije hácia dónde está
lo que aun hay por descubrir:
les dije adónde hay que ir...
mas no por dónde se vá.
Porque sin ser presuncion
ni hablar de ninguno en dolo,
eso aquí lo saben solo
Dios y Cristóbal Colon.

GONZAL. Es posible que á los sábios
no convenzan... vuestro acento,
la fé y el convencimiento
que brotan de vuestros lábios?
Yo sin dudas ni temor
os diera, Colon, la palma.

COLON. Porque vuestra alma... es un alma
que no es alma de doctor.
Porque en pos de la victoria
vais; porque sois de mi casta,
y para entenderme, basta
amar como amais la gloria!
Dios que á los sábios humilla
puede ser que los convenza
algun dia... y con vergüenza
recuerden cuánto á Castilla

de gloria y poder quitaron...
qué de riquezas perdieron,
por el escarnio que hicieron
de aquello que no estudiaron!
Está bien... no convendrá...
mas voy con el alma llena,
noble Gonzalo, de pena...

GONZAL. Oh!... y partis?...

COLON. Qué he de hacer ya?
Sí... parto!... que os guarde Dios:
do quier me lleve el destino,
tendrá este pobre marino
un buen recuerdo de vos.

GONZAL. Oh!... el corazon no me engaña!
me está diciendo que os vais,
y que la gloria os llevais
de Castilla á tierra extraña.

COLON. Y os dice á fé la verdad;
pero es fuerza, qué quereis?

GONZAL. Qué quiero? que os aguardeis.

COLON. No, no! imposible.

GONZAL. Esperad!

COLON. Esperad! ódio estas leyes:
no quiero más desengaños;
ya estuve esperando ocho años,
y ni hablar pude á los Reyes.
Con la esperanza perdida
yendo de aquí para allá,
en esta tierra se vá
gastando mi pobre vida.
Contraigo nuevos empeños
que no me dejan partir...
y quiero antes de morir
ver realizados mis sueños.

GONZAL. Los vereis!

COLON. Que los veré!

GONZAL. Sí, sí, conmigo os quedad.
Un solo dia esperad...
yo de todo cuidaré.

COLON. Qué pedís...
GONZAL. Por vida mia,
quien aquí tanto sufrió,
y años sin fruto esperó,
bien puede esperar un dia...
un dia más no os expone
á nada, y ¿quién sabe...
COLON. Sé...
GONZAL. Si ese dia será el que
vuestra esperanza corone?
Está en secreto pactada
ya la capitulacion,
y hoy, si dentro no hay traicion,
entraremos en Granada.
Mañana, aunque el Rey se asombre,
yo, Colon, procuraré
que hableis con la Reina...
COLON. Y qué?...
No me han dicho ya en su nombre
que no pueden sus tesoros
darme ni un solo ducado
porque los han agotado
en la guerra de los moros?
GONZAL. Pues bien: traza hay más sencilla;
si esa esperanza se agosta,
entonces lo hará á su costa
la nobleza de Castilla.
COLON. Gonzalo!...
GONZAL. Dejadme hacer.
Yo juntaré á mis parientes,
y darán, que son pudientes,
cuanto fuere menester.
Medinaceli, Medina-
Sidonia, ricos están,
y bajeles armarán...
COLON. Oh! brilla en vos la divina
luz de la gloria! Ya toco
un átomo de esperanza!...
pero... tendrán confianza

en este... á quien llaman loco?

GONZAL. Sí, vive Dios! la tendrán
y yo con ellos, Colon;
hareis vuestra expedicion
y á todo gasto saldrán.
No dareis á gente extraña
mundos que aqui no quisieron:
no direis que otros hicieron
lo que hacer no supo España.
(Suenan músicas.)
Ah!... la Reina.

COLON. El corazon
de vida me habeis llenado...
Adios... el mejor soldado!
(Se estrechan las manos.)

GONZAL. Hasta mañana, Colon.
(Este desaparece. Sale la Reina, doña Beatriz y el Cardenal, con acompañamiento de caballeros. El Cardenal trae la cruz de plata de la capilla de la Reina: los caballeros, entre otras banderas, conducen los pendones de Santiago y Calatrava.)

ESCENA IV.

LA REINA.—DOÑA BEATRIZ.—GONZALO.—CABALLEROS.—Soldados.

REINA. Partid, señor Cardenal,
que anhelo ver cómo brilla
la Cruz de mi real capilla
sobre aquel pueblo oriental.
Bendecireis la alcazaba,
y en sus pardos torreones
hareis fijar los pendones
de Santiago y Calatrava.
Si al llegar á la ciudad
rompen la fé prometida,
y atacan vuestra partida,
no prosigais: avisad
al Rey, que está en la emboscada,

sin la menor dilacion,
y Castilla y Aragon
marcharán sobre Granada.
Partid, señor Cardenal,
con vuestra gente y denuedo,
y ved que sin calma quedo
hasta que hagais la señal.

CARD. Señora, confianza en Dios.

REINA. Oh! jamás de él he dudado.

CARD. Haré lo que habeis mandado.

REINA. Tambien lo espero de vos.

(Se retira el Cardenal y le siguen los caballeros que llevan los pendones de Santiago y Calatrava, y algunos soldados.)

ESCENA V.

La REINA.—BEATRIZ.—GONZALO.—En segundo término, CABALLEROS.—Soldados.

REINA. Será verdad, Beatriz? Lucirá el dia
despues de tanta lucha encarnizada,
en que la Cruz del Redentor se ostente
sobre los muros de la infiel Granada?
Ay! que tanto lo anhelo, Beatriz mia,
que un siglo me parece cada instante
que sin traerme la victoria vuela.
(Señalando á Granada.)
Ves aquel pabellon?

BEATRIZ. Ya vacilante
está sobre la torre de la Vela:
vencida ya, postrada su fortuna,
pronto, señora, ante la Cruz de Cristo,
por siempre se hundirá la media luna.

REINA. Aun temo de esa gente la falácia...
si obrara bien y con palabras ciertas,
al despuntar las luces de la aurora,
abrir debió de la ciudad las puertas:
rendir su pabellon, y no arrogante
izarlo sobre el asta en desafío

del poder de mi hueste vencedora.
Basta de sangre ya, basta, Dios mio!

GONZAL. Si obrara con traicion: si atropellara
á uno solo no más de los soldados
que lleva el Cardenal, bajo el seguro
de la sagrada fé de los tratados:
si vuestro real enojo no le arredra
y á las armas acude... entonces os juro
que no ha de quedar piedra sobre piedra
ni en la ciudad ni en el rebelde muro.
Pero nada temais: he penetrado,
Señora, veces mil en su recinto,
y al son del batallar miré asombrado
escombros, destruccion, el suelo tinto
por los torrentes de la sangre mora,
y más de un rostro hallé triste, marcado
con las huellas del hambre asoladora.
Qué defensa han de hacer? No!... la promesa
de su Rey cumplirán, y vos, Señora,
coronada vereis vuestra alta empresa.

REINA. Oiga tu voz el Cielo soberano!
Cuánto debo al esfuerzo generoso
del brazo aragonés y castellano,
tan firme, tan leal, tan victorioso!
Cuánto le debo, ay Dios! y á la vez cuánto
á vosotros tambien!... Tú; Beatriz mia,
me has seguido á los campos de batalla
intrépida y valiente!
Tú, Gonzalo inmortal... tú!... rayo ardiente
de mi noble sin par caballería...
por librar del peligro mi persona,
vuestras vidas los dos con pecho fuerte
despreciásteis... los dos! los dos un dia
estuvísteis en brazos de la muerte.
Jamás lo olvidaré!... Cuánta ventura
hoy logro disfrutar! Luce sereno
de mi esperanza el sol trás noche oscura.
La discordia extinguí de entre los mios:
todos se estrechan con placer las manos,

y vencen, y la union dobla sus bríos...
Hé aquí los pueblos cuando son hermanos!
(Rumor entre las tropas. Sale Paredes.)
Mas qué rumor...

GONZAL. Qué es ello?... hablad, Paredes.

PARED. Ha llegado, Señora, á la avanzada
un lucido escuadron de gente mora
con el Rey de Granada,
y pide hablaros...

REINA. Ah! llegue en buen hora.
(Beatriz y Gonzalo se colocan á los costados de la Reina. Los caballeros detrás; la tropa continúa formada. Sale Boabdil con acompañamiento de moros: uno de ellos trae en una bandeja las llaves da la ciudad.)

ESCENA VI.

LA REINA.—BEATRIZ.—GONZALO.—CABALLEROS.—BOABDIL.—MOROS.—SOLDADOS CRISTIANOS.

BOABD. Oh, de Castilla tú la vencedora
hurí, de cuya frente nace el dia:
la de los ojos claros: la Señora
de tantos pueblos como arenas cria
la mar, asombro de mi raza mora:
luz que al cristiano á la victoria guia:
delirio de tus fuertes escuadrones...
Tú, la Reina de tantos corazones!
A tí, que fijas la imperial mirada
sobre el destino y sus misterios sabes,
el último rey moro de Granada
viene á entregar de su ciudad las llaves.
Mi oferta cumplo... al Africa abrasada
con los mios iré y mis penas graves!...
goza tú la ciudad que yo he perdido!...
escrito estaba... Alá así lo ha querido?

REINA. Al Africa ve en paz, ya que no quieres
mi hospedaje aceptar, y entre los tuyos
vencido ó vencedor vivir prefieres.
Pero... escucha... Cómo es que de la Vela

sobre aquel torreon está sombrío
el estandarte de Boabdil izado?
No lo rinden?

BOABD. El pueblo que fué mio
no lo quiere abatir... desesperado
al mirarme salir, tomó las armas,
y á los tuyos despues...

REINA. Qué dices, moro!
embistió con mis gentes?... y qué ha sido...
Qué fué del Cardenal!...

BOABD. Reina... lo ignoro.

(Disparan un cañon en los muros de Granada. Baja el pabellon moruno, y le reemplaza la cruz de plata de la Reina. Sobre las otras torres aparecen los estandartes de Santiago y Calatrava. El cañon del campo cristiano hace salvas sin interrupcion hasta la conclusion de la jornada.)

REINA. Ah!... cielos... allí está mi cruz sagrada!...

GONZAL. Viva la Reina!

CRIST. Viva!

BOABD. (Retirándose con los suyos.) Ay! mi Granada!...

REINA. Gloria á Dios, que nos deja ver el dia
en que vierte su luz el Evangelio
por igual en la Ibera monarquía!
Oh, sombra de Pelayo venerada!
desde el alto peñon de Covadonga
mira aquella ciudad!... Nada te inquiete...
que en su vega oriental quedó vengada
la jornada fatal del Guadalete!
Tú empezaste la lid... de tus sudores
el fruto España con afan apila...
Sobre tu lecho funeral de flores
y de eterno laurel... duerme tranquila!
Paz á Castilla y Aragon!... Su espada
victoriosa descanse... no más guerra!
A Granada, cristianos!

TODOS. A Granada!

(Rompen las músicas del ejército cristiano en un himno triunfal, y cae el telon.)

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

JORNADA CUARTA.

Salon árabe en el palacio de la Alhambra: puerta en el foro; otra á la izquierda del espectador.—Un balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA.—BEATRIZ.

REINA. (*Escribiendo.*)
Quién espera?
BEATRIZ. Afuera está
Gonzalo.
REINA. Está solo?
BEATRIZ. Sí.
REINA. (Tan de mañana... y por mí
preguntando viene ya?)
(*Deja la pluma y apoya la frente en la palma de la mano. Un momento de pausa.*)
BEATRIZ. (El cielo santo me acuda!
Qué es esto? Por qué su Alteza
al hablar de él, la cabeza
dobla... y pensativa, muda...)
REINA. Dices que me quiere hablar?
BEATRIZ. Oh!... sí!...
REINA. Y ha de ser ahora?...
BEATRIZ. Eso pretende, Señora.
REINA. (*Levantándose con resolucion.*)
Deja á Gonzalo pasar.
BEATRIZ. (*Retirándose.*)
Está con él enojada?

ESCENA II.

LA REINA.

Que pase en buen hora... sí!
por qué esta sorpresa... á mí...
que no me sorprende nada!
Por qué no he de hablar con él?
quién á Gonzalo negó?
no es un caballero?... Y yo,
no soy la Reina Isabel?
A veces el pecho mio
se agita más que quisiera...
y... no sé por qué se altera...
esto es sueño! es desvarío...
Isabel... no... corazon,
perdona si te acusé...
ya sé, corazon, ya sé
que en tí no cabe traicion.
Olvida esa duda vana
y aspiremos sin afan
el cefirillo galan
del jardin de la Sultana.
(Se apoya en el antepecho del balcon y sale Gonzalo por el foro.)

ESCENA III.

LA REINA.—GONZALO.

GONZAL. Señora, que os guarde el cielo.
REINA. Adios, capitan bizarro.
GONZAL. Qué mirais con tanto anhelo?
REINA. Ese tapizado suelo
De las orillas del Darro.
Prados de perpétuo abril!...
qué mágica variedad!
allá la palma gentil
juega en dulce vaguedad

con el ambiente sutil,
En trenzas mil desatados
arroyos aquí parleros:
cipreses allá, y granados,
y bosques de perfumados
naranjos y limoneros.
Do quiera la vista gira
á lo lejos contrastada
halla la tierra que mira...
el fuego de Sierra Elvira
lo apaga Sierra Nevada.
Sobre esta, nubes de oscuro
amarillento color;
sobre aquella, el grato albor
de ese cielo encantador
como ningun cielo puro.
Oh! comprendo la obstinada
defensa, ruda, mortal
de los moros; que es Granada
una ciudad extremada,
un paraiso oriental.
Has visto nada más bello?

GONZAL. Para moros... en rigor,
cierto que es encantador:
mas para vos, todo ello
aun pudiera ser mejor.

REINA. Lisonjero!

GONZAL. No en verdad:
tengo en mucho esa corona
que ganó la cristiandad;
pero en más la magestad
de vuestra augusta persona.
Oh!.. no á lisonja tomeis
que al hablar de esos tesoros
que vos tanto encareceis,
diga que mas mereceis
que merecieron los moros.
Porque de pensarlo así,
años há que yo, Señora,

pruebas sin réplica os dí,
y no dudareis ahora...
REINA. Es cierto; me has dado, sí,
con ellas y tus soldados
mas de un dia la victoria:
tus altos hechos de gloria
eternamente grabados
quedarán en mi memoria.
GONZAL. Tampoco en este momento
Señora, ha sido mi intento
de tales hechos hablar,
ni haceros hoy recordar
mi escaso merecimiento.
Qué valen esas acciones,
ni de esa vega los dones
que el sonoro Genil peina,
para una Reina que reina
sobre tantos corazones?
REINA. Galan estás y sutil
con el sonoro Genil.
GONZAL. Al daros esta ciudad
así os lo dijo Boabdil,
y os dijo á fé la verdad.
REINA. Bien, Gonzalo... podrá ser...
mas no demos tanta mano
á la verdad de un pagano...
Cómo hoy te has dejado ver
en la Alhambra tan temprano?
GONZAL. La molestia perdonad...
fiado en vuestra bondad,
vine á hablaros de un asunto
que juzgo de gravedad.
REINA. Fiaste bien... dime al punto
qué es ello, Gonzalo.
GONZAL. Es
que bajo mi proteccion
hoy tomé la pretension
que tiene aquí un genovés
dicho Cristóbal Colon.

REINA. Colon... Colon... cierto; oí
hablar de Colon aqui,
y de un proyecto profundo...
No es ese el que ha dado... sí!
en que ha de hallar otro mundo?

GONZAL. El mismo que en eso ha dado.
Señora, habeis acertado.

REINA. Y qué quereis?

GONZAL. Que le oigais.
os pido, y que resolvais
despues de haberle escuchado.

REINA. En Dios y en nuestra conciencia
que lo que pides no es poco...

GONZAL. Conté con vuestra clemencia....

REINA. Sí... pero dar una audiencia
á Colon... pues no está loco?

GONZAL. Yo no me atrevo á afirmar,
Señora, nada en contrario;
pero os puedo asegurar
que si es loco, á no dudar,
es un loco extraordinario.
Un loco de mucha ciencia,
de luces, de buen acuerdo
y bien dispuesta presencia;
un loco, que más de un cuerdo
quisiera su inteligencia.
Tan hábil en la marina
como de firme teson;
hombre de fé y corazon;
hombre que hablando fascina...
este es Cristóbal Colon.

REINA. Mucho su valor será
cuando tu lábio me dá
tales informes...

GONZAL. Oh!... sí!...

REINA. Y ese hombre en mi córte está,
Gonzalo, y aun no le ví?

GONZAL. Años há que el buen marino
de vuestra huella vá en pos...

REINA. Me ha buscado?

GONZAL. Sí, por Dios;
pero su fatal destino
llegar le impide hasta vos.

REINA. Nada de eso me dijeron...

GONZAL. Porque en poco le tuvieron:
pero como vos le hableis,
sé que de él más caso hareis
que vuestros sábios hicieron.

REINA. Tiendes bien tu noble mano...
á Colon...

GONZAL. Y en ello gano,
y habeis tambien de ganar
como le llegueis á dar
vuestro apoyo soberano.

REINA. Le oiré... ya que decidido
le apoya tu lábio fiel...
Tanto, dí, te ha convencido?

GONZAL. Tanto, Señora... que os pido
que me dejeis ir con él!

REINA. Qué dices!... con él? qué horror!
Eres de los más osados...
pero tendrias valor
para exponerte al furor
de mares nunca surcados?
Qué hombre es ese!... qué portento
que así ha logrado exaltar,
Gonzalo, tu pensamiento?...
Oh!... quiero hablarle al momento.

GONZAL. Al punto le vais á hablar.

ESCENA VI.

REINA.

Partir con él!... mi atencion
mucho esta súplica llama...
cuando á partir se decide

con él la mejor espada
de mis reinos... el caudillo
de más gloria y esperanza,
no hay duda, estará seguro
de vencer en la demanda.
Eso que llaman quimera
mis sábios de Salamanca,
será una verdad recóndita
para la ciencia velada,
de esas verdades que solo
revela Dios á la santa
inspiracion?... Asímismo
se expresa en sus doctas cartas
fray Juan Perez de Marchena
nuestro guardian de la Rábidà...
Quién sabe?... De ese marino
la tenacidad me pasma...
Le oiré, sí... De todos modos
es la empresa temeraria,
y no será, no, Gonzalo
quien sus peligros comparta.
Lanzarse sobre un bajel
á regiones ignoradas...
fiar su noble existencia
á huracanes y borrascas...
él!... tan galan y brioso,
á quien las infieles armas
tantas veces respetaron
en los campos de batalla...
Jamás le daré mi venia!
antes que él, primero vaya
toda Castilla!...
(En tono de reconvencion.)
Y por qué
en pró de él solo esta gracia?
Aquí las vidas de todos
no son de igual importancia?
Todos con él, no se deben
á las glorias de su pátria?

Todos... sí! todos iguales
de su Reina ante las plantas.
Mas, quién llega?... Ah!... vos. .

ESCENA VII.

LA REINA.—EL REY.

REY. Señora,
os sorprende mi llegada?
REINA. Pláceme que hayais venido,
porque hablaros deseaba
de un grave asunto.
REY. Muy grave
será de lo que se trata,
porque á la verdad, Señora,
os hallo asaz agitada.
REINA. Mi agitacion no os admire...
trabajando desde el alba
estoy...
REY. Eso es demasiado:
vuestra Alteza no descansa,
y veo con sentimiento
que su salud se quebranta.
REINA. El cielo fuerzas me envia.
REY. Mas...
REINA. Nuestro deber lo manda.
Dios que en la tierra nos dá
tanto poder, gloria tanta,
tambien nos impone en ella
obligaciones sagradas.
REY. No las ignoro... y procuro
en cuanto puedo llenarlas;
pero vuestra Alteza en esto
como en todo es extremada,
por demás escrupulosa
y severa...
REINA. Nada basta,
Señor, si á todo atendemos:

por un instante de calma,
nuestros súbditos pudieran
verter abundosas lágrimas:
en una hora de solaz,
podemos ver malogradas
empresas que en honra sean
de la prez de nuestra España.
Y ya que de empresas hablo...
cuando llegásteis pensaba
en una que vos y yo
hemos mirado con harta
indiferencia.

REY. No alcanzo...
de cuál hablais?

REINA. Ya olvidada
la tendreis... Hablo, Señor,
de aquella empresa tan vasta
que acometer se propuso
ese genovés que llaman
Colon...

REY. Es cierto: llegué
como decís á olvidarla,
porque fácilmente doy
al olvido las patrañas.

REINA. Ese concepto os merece
la marítima jornada
del genovés?

REY. Si señora,
y en mi opinion me acompañan
los más ilustres cosmógrafos
que dan á Castilla fama.

REINA. No obstante, debeis saber
que en su pró tambien hay varias
opiniones respetables
que equilibran la balanza.
Santangel y Quintanilla,
nuestro guardian de la Rábida,
el gran Cardenal Mendoza...

REY. Son gentes que se entusiasman

con lo nuevo... hombres á quienes
cualquiera invencion arrastra.
No fieis mucho de aquellos
que ligeramente pasan
por todo, con tal que pueda
ser grande...

Reina. Mas... si acertaran!
si Dios hubiera tocado
en sus corazones... cuánta
de nuestra patria seria
la gloria, si coronada
viéramos tan alta empresa!

Rey. Y, cuántas las carcajadas
de Europa, al vernos correr
tras de ilusorios fantasmas!
No deis en ello, Señora,
ni más consagreis vuestra alta
atencion á un imposible...
Ese mundo de que os hablan
vuestros crédulos amigos,
existe solo del nauta
genovés, allá en la mente
enferma ó extraviada.
Pero aunque no fuera así:
aunque ya no se tratara
de una quimera, el estado
de nuestros reinos demanda
que realicemos en ellos
lo mucho que hacer nos falta.
Harto hemos ya conquistado:
hoy nos resta la mas árdua
tarea; la de afirmar
la paz y la confianza.
Las guerras han consumido
los tesoros que guardaban
las arcas Reales; ya es fuerza
que demos una mirada
á mi reino de Sicilia
que abandonado se halla.

En Nápoles y en su golfo
sin rival impera Francia,
y van sus armas en breve
á invadir toda la Italia.
Que defender tiene allí,
sus derechos nuestra casa,
y allí las leyes de honor
y las del deber nos llaman.
Vuestra prudencia medite
si en medio atenciones tantas
es conveniente prestar
oidos á las palabras
de ese buen aventurero
que delira ó nos engaña.
Cuidemos de conservar
lo que una vez nuestras armas
conquistaron, y olvidemos
esas quiméricas fábulas.
Esto os aconsejo: ahora
haced lo que más os plazca,
si acaso esta opinion mia
no os convence ó no os agrada.
(Entra en el aposento de la izquierda.)

ESCENA VIII.

LA REINA.—Despues GONZALO.—COLON.

REINA. Dice bien: á su opinion
con harto pesar me adhiero...
debemos pensar primero
en Castilla y Aragon.
Y ademas... si por mi daño
averiguamos despues
que es el plan del genovés
solo un delirio, un engaño...
(Breve pausa.)
Pues bien: con seguridad
y de una vez saber quiero

si está loco, ó si mañero
nos oculta la verdad.
(Salen Colon y Gonzalo.)

GONZ. (Bajo.) Vedla allí... con entereza
habladla, Colon.

COLON. Sí haré.

GONZAL. Señora...

REINA. Gonzalo, ve
á saludar á Su Alteza.
(Gonzalo entra en el aposento de la izquierda.)

ESCENA IX.

LA REINA.—COLON.

REINA. (Contemplándole.)
Buen talante... en su favor
habla esa frente elevada...
y hay en su limpia mirada
inteligencia, valor.
Eres tú la maravilla
á quien Gonzalo encarece?
El hombre tenaz que ofrece
un nuevo mundo á Castilla?
El que ha sido orígen y es
de tanta opuesta opinion...

COLON. (Doblando una rodilla.)
Yo soy Cristóbal Colon,
que humilde os besa los pies.

REINA. Con grande interés te admito
en esta audiencia...

COLON. Señora,
el favor que alcanzo ahora,
años há que solicito.
Solo Dios puede apreciar
cuanto sufrí... mas sin duda
hoy mi destino se muda,
pues logro hasta vos llegar.

REINA. Levanta, Colon, del suelo

porque estar en él no debe,
quien á dirigir se atreve
á nuevos mundos su vuelo.

COLON. (Se incorpora.)
Señora... si hablais así...
si participais tambien
del irónico desden
que en tantos lábios oí;
si pensais que de Colon,
enfermo el cerebro está...
oh Reina ! en vano será
que canse vuestra atencion.

REINA. Colon... me sorprende mucho
esa advertencia, y á fé
en qué la fundas no sé,
pues que te llamo y escucho.

COLON. Perdonad mi extraño porte;
con él no os quise faltar,
como educado en la mar
entiendo poco de córte:
tantos son los que halagaron
mi esperanza tal cual es...
y tantos los que despues
de ella impíos se burlaron,
que pienso que burlas son
las lisonjas que á mi oido...

REINA. Veo que me has confundido
con la vulgar opinion.

COLON. No os ofendieron mis lábios...

REINA. Mas tu pensamiento inquieto
me juzga... está bien: respeto
hasta el desaire en los sábios.

COLON. Señora !

REINA. Pero verás
despues de hablarme y oirme,
que la has errado al medirme
con tan mezquino compás.
Sé muy bien, por mi fortuna,
que es más sublime en su esencia

la magestad de la ciencia
que la Alteza de la cuna.
Entiendes bien lo que digo?
Conócesme ya mejor?
háblame, pues, sin temor
de burlas, Colon amigo.
No como á una Reina ya,
sino como á una mujer
que reverencia el saber
en donde quiera que está.

COLON. Oh!.. que ese rasgo os levanta
al cielo! teneis razon...
vuestras palabras no son
de Reina, son de una Santa!
Qué venturoso me haceis
mi humildad honrando así?..
os lo diré todo... sí!..
y vos me comprendereis.
Vos! oh Reina bienhechora!
me comprendereis bastante...
Oh, sí!... porque vais delante
de nuestro siglo, Señora.
Mas de vuestra huella en pós,
Colon os sigue el primero!..

REINA. Bien, Colon; así te quiero...
habla en el nombre de Dios.

COLON. Pues que henchís de aliento ahora
mi esperanza, á vuesta Alteza
á hablar voy con la franqueza
que exigís de mí. Señora,
es de menor importancia
el mal que causa á mi ver
la ignorancia del saber
que el saber de la ignorancia.
Oye el que ignora y aprende,
pero con rebelde labio,
el que presume de sabio
rechaza lo que no entiende.
En su orgullo, su opinion

es la buena: si él no vé,
no hay nada, porque la fé
no mora en su corazon.
Por eso á mí poco á poco,
como no me han entendido,
su modestia ha concluido
por declarar que estoy loco.
Loco ya... quién hace caso
del capricho de un demente?
es claro... así fácilmente
los cuerdos salen del paso.
Mas, por qué exigir al mundo
mayor justicia? Qué idea
siendo nueva, hay quien la crea?
Qué pensamiento profundo
no tuvo trazas mezquinas?
Qué verdad no ha sido error...
el mundo dió al Redentor
una corona de espinas!
En su vanidad pretenden...
Pero molestándoos voy...

REINA. No!.. Colon, habla; yo soy
de las que escuchan y aprenden.

COLON. Bien haya, Señora mia,
ese bondadoso anhelo
con que os ha dotado el cielo!
En su vanidad, decia,
los hombres no creen el bien
ni lo aceptan sus antojos,
hasta que con manos y ojos
la verdad palpan y ven...
No saben más que negar...
y todo me lo han negado!
Señora, á mí que he llegado
á encanecer en el mar.
Que mientras en fiera guerra
los elementos chocaban,
mis cálculos abarcaban
cielos y mares y tierra...

á mí, que estudié y medí,
y al cabo la forma hallé
de la tierra, y empecé
mi plan y lo concluí....
Ellos.... que en nada meditan....
Ellos! que entre sombras moran...
que hasta las leyes ignoran
del planeta en que se agitan!
Mas qué importan su desden
y ultrajes... nada por Dios!
al fin os encuentro á vos
que sois el génio del bien!
Perdonad si mi relato
por fin os llega á cansar...
es fuerza... os debo probar
que no soy un insensato.
Lo manda así mi destino,
y cumplo con él... ahora
quereis que os hable, Señora,
de mi plan como marino?
Pues sea con brevedad
y basta ya de protestas:
mis cartas de mar son estas;
este es el globo—mirad:

(Saca varios pergaminos. Desdobla sobre la mesa uno de ellos, en el que está trazado el mapa mundi, sobre el que hace las siguientes esplicaciones, midiendo y apuntando con un compás.)

Asia... Europa... las veis?

Reina. Sí.

Colon. Este es el suelo africano:
contemplad del Occéano
la inmensa estension aquí.
Dicen que esto solo encierra
el globo, y dan bien contados
trescientos sesenta grados
al ámbito de la tierra.
Pero resulta medido,
segun las leyes del arte,
sobre una tercera parte

de mundo desconocido.
Mis cálculos la avaloran
en grande riqueza y gente,
y esta parte está al Oriente,
cuyos límites se ignoran.
Ved esta línea que cierra
á Oriente y Poniente juntos
y hallareis por estos puntos
la redondez de la tierra.
Porque es redonda y cabal,
seguro!... si no lo fuera,
turbaria de la esfera
el concierto universal.
Pues bien; siendo así, veamos
si de hallar la tierra hay traza...
cuanto mi compás abraza
es la tierra que buscamos.
Aquí está... aqui mi señal
la tiene há tiempo marcada...
Vedla, Señora!... cortada
por la línea equinocial.
Tanto se estiende hácia el Sud,
que baja hasta los cincuenta
y dos grados, por mi cuenta:
y en punto á su latitud
Norte, marcar puede solo
Dios la que le corresponde...
tan alta vá, que se esconde
entre los hielos del polo.
Fijada ya... solo quiero
que los rumbos observeis:
(Desdoblando algunas cartas.)
aquí en mis cartas teneis
señalado el derrotero.
Navegando al Occidente,
de Atlante cruzando el mar,
yo me propongo encontrar
los límites del Oriente.

REINA. Cruzar el grande Oceéano!...

Y eso podrá ser, Colon?

COLON. Para la fé y la razon
cualquiera camino es llano.
Con ellas... qué os maravilla?
qué glorias no habeis logrado?
con ellas habeis lanzado
á los moros de Castilla.
Pues con ellas, no me ofusco,
cruzaré ese inmenso mar,
y en su confin he de hallar
la pingüe tierra que busco.
Azares tendrá sin duda
tan dilatado camino...
mas Dios le dará al marino
en las borrascas su ayuda.
Dios, Señora, en el misterio
de su poder, salvará
mi nave, y la llevará
del uno al otro hemisferio.
Allá una vez... sobran modos
de alcanzar justo renombre;
allá una vez, no os asombre,
habrá gloria para todos...
Para todos!... sí, Señora;
pues do quiera que arribemos,
de Cristo proclamaremos
la doctrina salvadora.

REINA. Oh!... basta... basta Colon!
tus cálculos, aunque quiero,
no puedo seguir, no... pero
me llenas de admiracion.
No alcanza mi ceguedad
nada en estudios tan graves...
pero comprendo que sabes
y que dices la verdad!
Sí!... yo en tus palabras creo,
ricas de fé, de elocuencia,
y tambien en la existencia
de ese mundo, porque veo

que en tu frente el génio brilla...
pero... ay Colon! ay por mí!
Qué me es dado hacer de tí?
está tan pobre Castilla!
(Breve pausa.)
Cuánto necesitarás
en tu empresa por ahora?

COLON. Un cuento á lo más, señora,
de maravedís.

REINA. No más?
Calla!... no más?... me consuelas!
Y... ¿podrás ir...

COLON. Y volver:
con él os puedo poner
sobre el mar tres caravelas.
Me basta...

REINA. Pues bien... Colon...
está exhausto mi tesoro...
mas de mis joyas el oro
monta doble... tuyas son!

COLON. Oh reina! qué proponeis?
permitid que vuestra planta
bese...

REINA. No, Colon, levanta...

ESCENA X.

LA REINA.—EL REY.—GONZALO.—COLON.

REY. Señora... qué es lo que haceis?

REINA. Qué? dar á besar mi mano
y rogar que se levante,
á mi supremo almirante
en las aguas del Occéano.

REY. Qué razones justifican?...

REINA. Es largo para contado...
las razones que me ha dado,
se sienten, mas no se esplican.

REY. Acato vuestro fervor...

y pues que así resolveis,
se entenderá que lo haceis
por vos sola...

REINA. Sí, Señor.

REY. Reciba mi parabien
Aragon... pues de ese modo...

REINA. Castilla lo arriesga todo,
nada Aragon.

REY. Está bien.

ESCENA XI.

LA REINA.—GONZALO.—COLON.

REINA. Vendrás á verme, Colon,
esta noche, y quedarás
despachado: emprenderás
mañana tu expedicion.

GONZAL. Y yo con él!... no es verdad
que vos me lo permitís?

REINA. Partir con él!...

COLON. Qué pedís?...
Ah, Señora!... perdonad...
pero no expongais por Dios
su vida... (A Gonzalo.) que al mar no salen,
señor, los hombres que valen,
lo que en tierra valeis vos.
Ya sé que no os maravilla
ni asombra el furor del mar;
mas puede necesitar
de vuestra espada Castilla,
y aquí vuestro bien se encierra;
dejadme en el mar á mí,
que yo para el mar nací,
como vos para la tierra.
Y esto os dice el alma mia,
porque es hoy vuestra deudora...
Le debo tanto!... Señora,
que á no estar vos le daria,

aunque en gloria no le igualo,
un estrecho abrazo aquí...

Reina. Abrazaos, hijos, sí!
digno es Colon de Gonzalo!
(Se abrazan y cae el telon.)

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

BARCELONA.—1493.

JORNADA QUINTA.

papeles en la mesa

Cámara del Rey en el antiguo palacio de los condes de Barcelona: puerta en el fondo: otra secreta á la derecha.—Aparecen, el Rey sentado en un sitial junto á una mesa cubierta de papeles, y el Cardenal en pie al lado opuesto de la misma.

[illegible], Oliva

ESCENA PRIMERA.

EL REY.—EL CARDENAL.

Rey. No hay nada ya que temer
por mí, señor Cardenal;
mis peligrosas heridas
cicatrizándose van,
y puedo de los negocios
con vos despacio tratar.

Carden. Ya veo que vuestra Alteza
fuera de peligro está,
y que Dios calma por fin
nuestro solícito afan.

Rey. En grande aprieto estuvimos:
nunca esperé que tan mal
me recibiera mi pueblo
de Barcelona.

Carden. Pensad
que no ha sido Barcelona
la que el sangriento puñal
osó contra vuestra vida
un momento levantar,
sino un infeliz anciano,

cuyo trastorno mental
solo, á tan horrendo crímen
le pudo precipitar.

REY. Demente estaba?

CARDEN. Señor,
ese informe es el que dan
los doctores.

REY. Bien: y el reo?

CARDEN. Está justiciado ya.

REY. Qué decís!... por vida mia...
á un demente justiciar?

CARDEN. Ha sido fuerza... y en vano
quiso la santa piedad
de la Reina perdonarle...
porque el pueblo catalan
furioso con ese crímen
que manchaba su ciudad,
pidió un ejemplar castigo
para que nunca dudar
pudiérais de su nobleza
y acrisolada lealtad.

REY. Y á su lealtad, buen don Pedro,
sacrifican... bien está...
ya no hay remedio, y un dia
de ello á Dios responderán.
Decid, qué nuevas tenemos
de Italia?

CARDEN. Son en verdad
poco gratas; los franceses
amenazan á Milan,
y á Venecia, y á Sicilia...

REY. Van siendo de gravedad
sus conquistas, y debemos
sin perder tiempo enviar
nuestras tropas, dirigidas
por un hábil capitan.
Veamos esos despachos...
Pero... alguien llega... quién vá!
(Sale la Reina por la puerta secreta.)

ESCENA II.

LA REINA.—EL REY.—CARDENAL.

CARDEN. La Reina!
REINA. Cómo!... Señor...
habeis llegado á olvidar
que aun no estais restablecido?
Dejad, os ruego, dejad
los negocios; vuestra esposa
disfruta salud cabal
y vela por vos.
REY. Admiro
la pasmosa actividad
de vuestra Alteza... no obstante
debo á mi vez procurar
aliviaros...
REINA. Ya lo hareis,
y más pronto, cuanto más,
Señor, descanseis ahora.
REY. Me dá tanto en qué pensar
el mal estado de Italia...
REINA. En su estado tiempo há
que yo me estoy ocupando
sin tregua, en mí confiad.
REY. Pues lo quiere vuestra Alteza,
lo haré sin más replicar:
y ya que vuestros cuidados
me conceden tanta paz,
daré por las galerías
mi paseo matinal...
si nuestro amigo don Pedro
su apoyo quiere prestar
á un enfermo...
CARDEN. Eso haré yo
con la mejor voluntad.
REY. Pues sea. En tanto, Señora,
elegid un general

tan bizarro y entendido
que pueda contrarestar
en Italia ese torrente
de conquistas...

REINA. Descuidad
en todo, Señor; tal vez
le tengo elegido ya.

REY. No sea como el marino
que enviásteis á explorar
nuevos mundos hace un año...
y se quedó por allá.

REINA. Aun el año no ha cumplido.

REY. Qué!... Señora, aun le esperais?
Asómbrame vuestra fé!

REINA. No me abandona jamás.

REY. (Retirándose apoyado en el brazo del Cardenal.)
Dichosa vos!... Sin embargo,
si lo quereis acertar,
os aconsejo que deis
á vuestro almirante audaz,
por sepultado hace tiempo
en los abismos del mar.

ESCENA III.

LA REINA.

Es esto una acusacion!
Si el mar se tragó las naves
de Colon... Oh Dios! tú sabes
que buena fué mi intencion.
Quiso, y le dí proteccion,
mas no creyó mi deseo
que pudiera ser trofeo
del seno del mar profundo...
creí conquistar un mundo!
esto creí... y esto creo!

No quiero, no! que el temor
me desaliente... por qué

ha de vacilar mi fé
escogiendo lo peor?
Quién sabe si vencedor
Colon navegando ya
hácia Castilla vendrá ?
Nada me admira ni espanta...
es la empresa, buena, santa,
y Dios la protejerá!
Mas cuál mi dolor seria
si con el nauta atrevido
Gonzalo hubiera partido
la suerte, como queria?
Lanzarse al mar pretendia,
y nególe mi temor
la vénia... pero en rigor,
despues de bien meditado,
ay Dios... habérsela dado
hubiera sido mejor!
Pasa una vida ignorada,
solitario noche y dia
en su murada alquería
de la vega de Granada.
Él! cuya triunfante espada
llevó do quier el espanto:
él... de mis reinos encanto...
por qué se entristece así?
por qué se aleja de mí...
de mí... que le admiro tanto!
Será que en su corazon
batalle cruel, violento,
algun tenaz sentimiento
que rechace su razon?
si acaso la admiracion
que siempre le he tributado,
cielos!... habrá interpretado...
Qué digo... no puede ser!
él es hombre de saber,
y es valiente, y es honrado!
Otro el orígen será

de esa tristeza tan honda...
tristeza que ahuyentar debo
pronto...

ESCENA IV.

LA REINA.—BEATRIZ.

BEATRIZ. Señora... Señora!
REINA. Qué es ello, Beatriz?
BEATRIZ. Os traigo
nuevas, que quizás absorta
os dejen... he visto... he visto!...
REINA. A quién, Marquesa de Moya?
BEATRIZ. A Gonzalo!
REINA. Qué!... qué decis?...
Gonzalo en Barcelona?
EATRIZ. Ha llegado hace un momento
y hablando lo dejo ahora
en el salon con su Alteza
y el gran Cardenal Mendoza.
Pronto vendrá á saludaros...
REINA. El buen Gonzalo de Córdoba!
A la verdad que parece
esto que me dices, cosa
de encantamiento; há un instante
que pensaba en su persona
juzgándole solitario
en la vega encantadora
de Granada... ciertamente
que estas nuevas me alborozan.
Y por qué fortuna el cielo
nos le envia?
BEATRIZ. Han sido pocas
las palabras que con él
he cambiado; mas con pronta
diligencia vendrá á veros,
y lo sabreis de su boca
REINA. Con impaciencia le aguardo:

pues razones de gran monta
le obligaron á dejar
su morada silenciosa.

BEATRIZ. Sí... tal vez... pero oigo pasos...
Él será!

REINA. Déjame sola.

ESCENA V.

LA REINA.—GONZALO.

REINA. Ya en la córte se os vé... pronto hará un año
que de vos no dais cuenta, y saber quiero
qué es lo que ha sido...

GONZAL. (Doblando una rodilla y besando la mano que le tiende la Reina.)
Permitid, Señora...

REINA. Llegad en buen hora...
Dios guarde al ermitaño caballero.
A qué azar ó ventura
debemos que hoy rompais tan de repente
el lazo que estrechó vuestra clausura?
Hablad... hablad! porque saber pretendo...

GONZAL. Há dias que escribísteis angustiada
á vuestro reverendo
fray Fernando, arzobispo de Granada,
una carta, Señora, y su lectura
mi alma consternó. Supe que armado
de homicida puñal un desdichado
osó atentar á la gloriosa vida
del Rey nuestro Señor, y á Barcelona
sobre mi potro fiel, suelta la brida,
vine á velar por vuestra Real Persona.

REINA. Bien... Gonzalo, está bien... me lisonjeo
de que nadie cual tú cumple las leyes
de lealtad y de honor; mas segun veo,
es fuerza que peligre de tus Reyes
no menos que la vida
para que vengas á su antigua córte
sobre tu potro fiel, suelta la brida.

Gonzal. De allá... de mi lejano apartamiento
ha seguido á mis Reyes por do quiera
mi fé, mi solitario pensamiento.

Reina. Tu pensamiento... sí... pero ambiciona
mi córte poseer del gran soldado,
á más del pensamiento, la persona.

Gonzal. Vuestra córte, Señora, de Gonzalo
se acuerda todavía? Yo la sigo
desde lejos amante noche y dia...
y á Dios pido por ella... y la bendigo!

Reina. Y de lejos... por qué?

Gonzal. Porque mi estrella
lo manda así.

Reina. Gonzalo... no comprendo:
lo manda, dices, y el mandato de ella
se puede quebrantar? Sí! se quebranta,
pues en mi córte al fin, y de buen grado,
que fijas veo tu segura planta.

Gonzal. Señora, antes que todo, buen soldado
sabeis siempre que he sido.

Reina. Con que vienes
como soldado aquí? tu noble idea
creyó esta ciudad de la discordia
hallar ardiendo la ominosa tea,
y al punto abandonando tu morada
acudes á mi lado
para esgrimir la poderosa espada?
Y bien? ya lo habrás visto: por do quiera
la paz bate sus palmas: Barcelona,
á sus monarcas fiel, ama y venera.
Qué pretendes hacer? Si esta jornada
como soldado hiciste... á tu alquería
volverás de la vega de Granada?

Gonzal. Al campo volveré... porque, Señora,
no están bien en la córte los soldados.

Reina. Y cuándo partirás!...

Gonzal. Dentro de un hora.

Reina. Gonzalo!... hay un misterio
profundo en tus palabras y en la oscura

y solitaria vida á que te entregas,
que en vano... en vano el pensamiento mio
intenta penetrar... Esa clausura,
tu triste acento y ademan sombrío;
esas de sufrimiento hondas señales
que ora cruzan tu frente... me revelan
un oculto dolor, horrible, extremo...
dolor que ignoro yo... que á la vez temo
llegar á comprender!

GONZAL. Nunca, Señora;
por él nada temais!... jamás mi lábio
pronunciará una queja... un ay! que pueda
afligiros, ni ser en vuestro agravio.

REINA. Con que ese tu dolor... me agraviaria
si á quejarse llegara?...

GONZAL. No!... su queja
mejor dicho, de pena os llenaria.

REINA. De pena!... qué profundo
arcano es ese que aclarar pretendo...
que va la mente con afan siguiendo...
que cuanto avanzo más... más me confundo!
Habla, Gonzalo, dí! tu dolor rompa
la cárcel de ese pecho generoso
de honor y de altivez digna morada.
La Reina de Castilla
que ignora y no comprende tu querella,
lo puede escuchar todo... entiendes... todo!
Su virtud y razon están con ella!
Quién ha podido tus serenos dias
de ese modo turbar? Quién les ha dado
silencio, soledad, nubes sombrias?
Qué escondido pesar en su arrebato
ha lastimado el corazon valiente...
tú de mis reinos el mejor ornato!...
Cómo hoy te encuentro así... mústio, doliente?
Qué fué de tu lozana gallardía...
de la brava apostura, que en mi córte,
la del más arrogante oscurecia?
Tus nobles hechos y tus altas glorias

no abruman á la fama?... De tus reyes
la justa admiracion no te ha seguido?

GONZAL. Ah Señora!... me estais atormentando...

REINA. Habla, Gonzalo, ya! nunca mi oido
tú podrás ofender... habla!... lo mando.

GONZAL. Pues bien... os obedezco reverente;
mas si llena de duelo mi relato
vuestro gran corazon... tened presente
que obedezco, y no más, vuestro mandato.
El grave orígen de la vida oscura
que me veis arrastrar, quereis, Señora,
que mi lábio os revele?... Solo ha sido
la noble admiracion, honesta y pura
con que me habeis honrado;
ella nubló mi frente... ella me aparta
para siempre tal vez de vuestro lado!
Lo que os digo os asombra? Ay! yo vivia
feliz en vuestra córte confiado
en mi claro blason, en la honra mia,
sin pensar que ninguno fuera osado
á murmurar con fementida lengua
del casto sentimiento que abrigaba
mi ardiente corazon... y esto ha pasado!
Señora!... Recordais la vez primera
que ante vos parecí? Oh! el lábio mio
jamás podrá esplicaros lo que al veros
en el alma sentí... sé que aquel dia
de varonil ardor, de aliento llena,
sobre un trono caduco, vacilante,
brillar os ví con magestad serena...
y fuerte, como yo os imaginaba,
os ví tambien tranquila, valerosa,
para asombro de pueblos y de reyes
enmedio del peligro que os cercaba,
á Castilla y Leon dictando leyes.
De vuestro corazon allí, Señora,
comprendí la magnífica grandeza,
y pensé y con razon que bastaria
á levantar su aliento poderoso

del polvo la española monarquía...
y mi espada, mis lanzas, mis ginetes...
cuanto hallé en el solar de mis mayores
á los piés coloqué de vuestra Alteza,
como una ofrenda que al valor rendia
de vuestra soberana gentileza.
Despues... bien lo sabeis... os he seguido
como la sombra al cuerpo: vos, Señora,
érais la clara estrella que alumbraba
mi carrera triunfal: el rayo ardiente
de vuestros puros ojos me abrasaba,
en sed de gloria y lauros y trofeos
que á las gradas del trono os arrojaba.
Por vos ay! he vencido en cien torneos,
y el primero asaltaba la muralla:
por vos mi palafren holló las huestes
del infiel en el campo de batalla!
Oh!... yo os amaba... yo!... con la ternura
de ese amor celestial, puro, infinito,
que sienten los hermanos,
que brota allá en el fondo
del seno maternal... amor bendito!
que á los cielos alegra... amor profundo
que no comprende en su torpeza el mundo!
el mundo de través miró mis hechos;
de través vió tambien al fin vuestra clemencia
con el hombre leal que os adoraba
como imágen de Dios!.. y atropellando
de la hermosa verdad los santos fueros,
osó á vuestra opinion con su villana
y ponzoñosa lengua... Mis pupilas
ardiendo en saña por do quier jiraron
buscando á quien herir... empresa vana!
ilusorios fantasmas encontraron!
fantasmas que corrian
delante de mi acero...
que en siniestro rumor se convertian...
que en torno de mi oido
invisibles zumbaban... Y cansado

de luchar con fantasmas... convencido
de mi inútil afan, dispuse un dia
obrar como cumplia
á un hombre bien nacido!
Y dije en vuestro honor:—Pues que á mi Reina
mi atenta admiracion produce enojos,
no hablarán más de su opinion en mengua:
antes de verla cegarán mis ojos,
antes de hablarla morderé mi lengua.—
Y pensando y obrando de este modo,
lejos de vos partí... mi juramento
hoy quebranto por vos... Lo sabeis todo.

REINA. Oh... Gonzalo... Gonzalo!.. bien decias...
que me has hecho llorar!.. pero este llanto
que del fondo de un alma inmaculada
brota en vivos raudales, es la ofrenda
que rindo á tu virtud acrisolada.
Bendito Dios que ha dado al reino mio
un hombre como tú! Deja... sí! deja
que la calumnia vil torpe amenace
desgarrar nuestro honor... saña impotente
jamás lo alcanzará, yo te lo fio!
La matrona inmortal que con su planta
quebrantó la cabeza á la serpiente,
la que en los cielos mora, la alegría
de bienaventurados... la que enciende
con su mirada el sol... esa, Gonzalo,
vé nuestras almas, nuestra fé comprende.
Yo acepto ese cariño sobrehumano
tranquila y muy feliz...

GONZAL. Oh Dios!.. Qué escucho!..

REINA. Pero se acerca el Rey... dame tu mano.

ESCENA VI.

LA REINA.—EL REY.—GONZALO.—EL CARDENAL.

REINA. Señor!.. hé aquí el caudillo
que á Italia partirá.

REY. Me place mucho
vuestra eleccion, señora; pues me augura
un término feliz... es la victoria
con tan buen capitan prenda segura.
Mas ya que os cuidais tanto de la gloria
de mi corona de Aragon, y nuevas
tan gratas hoy me dais, á la vez mia
otras os quiero dar que, segun creo,
me habeis de agradecer.

REINA. Nuevas!

REY. Señora!
de allá de Portugal con un correo
este pliego os envian...

REINA. Oh! sin duda
grandes nuevas serán, puesto que hallaron
tan noble portador en vuestra Alteza.

REY. Tan grandes son... que hoy toca mi derecho
ser de ellas portador... y de rodillas!
el pliego os presentar...

REINA. (Obligando al Rey á qne se incorpore.) Qué desvarío!..
Alzad!.. qué nuevas son?..

REY. Abrid!.. sospecho
que lo mismo dirá que dice el mio.

REINA. (Recorriendo el pliego.)
Oh! soberano Dios... qué ven mis ojos!
la firma es de Colon!.. fecha en Lisboa!..
Verdad es lo que miro!..
Por fin halló á la bendecida tierra...
y su mundo tambien!... Ay!!! lo que encierra
de venturosa paz este suspiro!
Oh Colon inmortal!
(Al Cardenal.) Que Barcelona
reciba á mi almirante
con la pompa y honor de real persona!
Públicas fiestas haya y regocijos:
mis tesoros gastad... nada os importe!
y conduzca á Colon ante mi trono
el mejor caballero de mi córte.
Tú, Gonzalo, serás; tú solo ufano

la mano de Colon fuerte y gloriosa
puedes tocar con tu gloriosa mano.
(Al Rey.)
Venid, Señor, conmigo á la capilla,
á prosternarnos ante el Ser Eterno
que enriquece con mundos á Castilla.

FIN DE LA JORNADA QUINTA.

JORNADA SESTA.

Salon régio: á la derecha del espectador el trono. Al levantarse el telon se oyen salvas de artillería que no cesan hasta la conclusion de la jornada. Aparecen los Reyes sentados en el trono; junto á las gradas de este el alférez mayor del reino empuña el pendon de Castilla: á la derecha é izquierda del mismo, así como en toda la estension del costado izquierda de la escena, damas, prelados, magnates y guerreros, que en dobladas filas sostienen las banderas y estandartes de Castilla y Aragon.—Una marcha real indica la llegada de Colon: los heraldos lo anuncian, y se presenta conducido por Gonzalo de Córdoba y seguido de siete indios, gentes de mar y guardias que cierran el fondo. El acompañamiento de Colon trae aves de colores, vistosas plumas, y en cofres de marfil, ébano, caoba, y oro, una muestra de la riqueza del Nuevo Mundo.

ESCENA UNICA.

LA REINA.—EL REY.—DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA.—GONZALO.—COLON.—ACOMPAÑAMIENTO.

Marcha Real

HERALD. (Desde adentro.)
El Almirante!

OTRO. (Desde el foro.) El Almirante!

(Salen Gonzalo y Colon: los Reyes se incorporan: se despliegan las banderas y abaten los estandartes: Gonzalo lleva á Colon hasta los pies del trono, besan las manos de los Reyes y vuelven á ocupar el centro de la escena, en cuyo momento cesa la marcha real.)

GONZAL. Oh! Reyes
de Aragon y Castilla! Como bueno
el mandato imperial de vuestras leyes

cumplo de honor y de ventura lleno.
De vuestra voluntad bajo el amparo
mi diestra ha conducido reverente
hasta el trono español al varon claro,
al héroe de los mares de Occidente:
al que Alcides para siempre ha roto
la estrecha valla, y con saber profundo,
valiente arroja desde el mar remoto
á la corona de Castilla un mundo.
Mi seno ante su gloria conmovido,
alborozado obedeció el mandato :
ora vénia le dad, y que cumplido
de su viaje inmortal haga el relato.

REINA. Habla, Colon!... y que la córte mia
el tríunfo admire que alcanzó tu mente.
Habla, Colon!... que en tan supremo dia
está mi reino de tu voz pendiente.
Escuche la española monarquía
cuánto debe al espíritu ferviente,
del que supo vencer en su ardimiento
del mar las iras y el furor del viento!

COLON. Monarcas españoles... soberanos
del India Occidental... génios augustos!
ricas-hembras de encantos sobrehumanos :
varones de blason: prelados justos :
dignidades : sufridos castellanos :
hijos del Ebro y Llobregat robustos...
á cuantos oyen la palabra mia,
salud el lábio de Colon envia!

Oh!... no os admire si encontrais turbado
en tan solemnes horas y en presencia
de tanta pompa, al navegante osado
que arrostró de los mares la inclemencia;
hijo del ronco mar, no acostumbrado
al brillo y terrenal magnificencia,
sereno á las borrascas me abandono...
pero, me asombra el resplandor del trono!

Hubo un tiempo fatal en que el marino
habló de sus incógnitas regiones,

y fué de córte en córte peregrino
brindando con riquezas y blasones.
Cuántos años de afan!... mas su destino
á despecho de sábias opiniones,
mostróle de Isabel la clara estrella,
y al mar salió bajo el influjo de ella.
Oid... oid... los que la rara historia
saber quereis de la primer jornada,
que para honor del castellano y gloria
de su Reina inmortal dejo acabada;
mis discursos harán desde hoy notoria
la prez de la sin par tierra ignorada...
discursos que si hallais de gala agenos...
verdad os juro que tendrán al menos!
En el nombre de Dios... y confiados
en su amparo y ayuda soberana,
asaltamos serenos los costados
de la *Pinta,* la *Niña* y *Capitana.*
La Niña... gran bajel... Purificados
con devota oracion y fé cristiana,
de *Palos* á la vez cazando velas
salieron á la mar mis carabelas.
Era la aurora... trémula, indecisa
despuntaba su luz allá en las rocas
de la banda del Sud, y en faz sumisa
de sus brumas rasgó las blancas tocas
el Atlas colosal, fresca la brisa
á un largo nos llevó, y en horas pocas
gimiendo oí bajo la quilla esclavas
de Atlántico mar las ondas bravas.
Oh Dios! tú entonces comprendiste solo
mi arrebatada, férvida alegria!
por fin llegó de caminar de un polo
al otro polo el suspirado dia!
Libre por fin y sin baldon ni dolo,
del grande Occéano la estension corria...
Y respiré feliz, de gozo henchido,
solo, en su augusta inmensidad perdido!
Y en ella quiso Dios probar mis naves,

y á la fé de mis gentes no segura:
á la luz, á los céfiros suaves
sucedió el huracan, la noche oscura:
peligros abortó y angustias graves:
llenó sus almas de mortal pavura;
y al son del oleaje turbulento
tronó su voz y encareciósе el viento.

Eran mis gentes por demas sencillas...
de la ciencia dudaron, y creyeron
que por mares sin límites ni orillas
navegaban... y al fin se resolvieron:
tornar la próa hácia las dos Castillas
más de una vez en su pavor quisieron...
pero yo en el timon puesta la mano,
seguí mi rumbo por el grande Océano.

Una noche... que en pie sobre el castillo
del alta popa con afan velaba,
al lejano horizonte hirióme el brillo
de una luz que á una estrella semejaba;
fijé en ella mis ojos... y me humillo
ante Dios!... era luz... luz que vagaba...
y tierra!... gritó al punto la voz mia...
y... tierra vieron al romper el dia!

Estaba allí la tierra... y habitada!
cubierta de verdor resplandeciente
con sus galas de vírgen, alumbrada
por el sol de los trópicos ardiente.
Oh, de Castilla, Reina venerada!
allí vuestro pendon flotó al ambiente
del indiano archipiélago profundo,
y allí la cruz del Redentor del mundo.

Elevamos tambien. Reina y Señora
de una tierra sois ya, cuyas montañas,
que el can abrasador activo dora,
ocultan plata y oro en sus entrañas;
aves pintadas hay de voz canora,
y allí teneis y tienen las Españas
á la orilla del mar para cogerlas,
en rocas de coral, bancos de perlas.

A vos la rica, la sin par matrona,
España debe tan feliz portento:
por vos Colon á la abrasada zona
llevó sus mares con seguro aliento:
sin joyas se quedó vuestra corona...
pero otras de más brillo y valimiento
os traigo yo de la region extrema
para adornar vuestra imperial diadema.

Oh Señora! aceptadlas... en albricias
esto os pido no más!... esas riquezas
del indiano confin son las primicias
y pueden adornar régias cabezas.
(Los del acompañamiento de Colon colocan á los pies del trono los objetos que conducen.)
Más mereceis... pero verá propicias
Colon galardonadas sus proezas,
si acogeis el presente de sus manos.

REY. (Con arrebatado entusiasmo.)
Saludad á la Reina, castellanos!

REINA. (Incorporándose.)
Oh, no!... primero á Dios! El ha velado
por mi reino infeliz... En la pendiente
de un abismo sin fondo hallé al Estado;
invoqué su favor... y de repente
á la pobre Castilla ha trasformado
en un imperio rico, floreciente.
El con su aliento la sacó del lodo...
á Dios!... á Dios!... se lo debemos todo.

El de sus templos me ofreció la plata,
y animó nuestro brazo y fé sencilla:
El destruyó la muchedumbre ingrata
de los hijos de Agar... y en Colon brilla:
por él hoy nuestro imperio se dilata,
y eterno el sol alumbrará á Castilla...
nuevos mundos nos dá, ricas preseas...
(Cayendo de rodillas, los demas hacen lo mismo.)
Oh!... Supremo Señor!... bendito seas!

Desde esa tu mansion de eterna vida,
de ardiente gloria y de pavor cubierto,

la ofrenda vé de un alma agradecida
en estas dulces lágrimas que vierto.
Oh!... cuando llegue mi final partida
y allá descanse en el sepulcro yerto,
ten en mi pátria, oh Dios! los ojos fijos!
Vela, Señor, por mis augustos hijos!

(Oyese á lo lejos el coro de la Real capilla, que entona el TE-DEUM. Y cae lentamente el telon.)

FIN DEL DRAMA.